

EL FANTASMA DEL ZAGAL

CAPÍTULO 1

LOS CUATRO NIÑOS DEL PUEBLO

Eran cuatro niños de unos nueve años, compañeros de clase en la escuela y más amigos que si fueran hermanos: José, Juan, Tomás y Antonio. José era muy serio e inteligente, el pelo ralo y más bien rojizo solía ocultar unos grandes ojos muy azules; Juan, alegre y valiente, llevaba siempre su negro cabello muy corto y era más bien menudo; Tomás era el típico niño español de mediados del siglo XX: muy delgado y guapo: aunque siempre peinado con agua nunca pudo controlar su rebelde flequillo castaño. Y Antonio, un poeta en ciernes y sin remedio al que se le enredaban los sueños entre los rizos negros que adornaban su hermosa cabeza romana. José era hijo del panadero del pueblo, Juan del herrero, Tomás del enterrador y Antonio no tenía padres; vivía en casa de su tío el mulero desde que sus padres fueron fusilados sin piedad al final de la guerra.

El sol del verano hacía brillar la pelambreira de los burros y las mulas de carga sobre los campos amarillos ahitos de polvo y rayos secos. Las mujeres del pueblo no dejaban de quejarse del gran calor que estaba haciendo. En particular, Rosa, asmática impenitente a la que la humedad del río le hacía ir de cabeza durante el verano. Su hijo José no se llevaba muy bien con su padre quien no creía que la aritmética y la gramática sirvieran para gran cosa y deseaba que su hijo dejara cuanto antes la escuela y aprendiera el oficio de panadero el cual si que les servía para comer casi todos los días un escuálido guiso de patatas con garbanzos o lentejas. Su cabeza no daba para más, sobre todo con aquél calor que hacía que su enorme y redondo rostro rubicundo estuviera siempre perlado de copioso sudor. Las largas horas junto al horno reducían a la nada la razón de aquél Vulcano bueno y estúpido al que todos llamaban Hornazón.

El otoño era la estación más hermosa en el pueblo. Era la época en la que se oía cantar a los labradores y cuando se herraban las bestias. Era el tiempo de Julio el herrero. La entrada de dinero en casa lo ponía tan contento que sus siete hijos habían nacido en el mes de Junio. Todos, menos Juan que nació en octubre fruto de las alegrías de una quiniela de doce aciertos compartida que, en realidad, no mejoró en nada la situación de la familia. Todos se parecían al padre, excepto Juan, el segundo de la larga serie, que era la viva imagen de su menuda madre. Julio siempre fue un buen hombre, un poco bruto pero bueno y leal a los suyos y a sus amigos. Pasó mucha hambre y privaciones en su vida y no quería que la de sus hijos fuera igual. Por ello, sus frecuentes discursos domésticos, de carácter más bien limitado y torpe, siempre iban en la búsqueda de un objetivo: todos sus hijos debían estudiar para no verse condenados a repetir las privaciones de sus padres y abuelos. Luego se supo que aunque, en proporción, el éxito de estos discursos fue bastante limitado, no fueron por completo estériles.

Todos los años nevaba a mediados de enero. El hielo del frío invierno se filtraba inexorable por las mil oquedades que acribillaban la arcaica y destartalada casucha de Tomás el enterrador. Sentían tanto frío que a menudo tenían que convertir un ataúd en leña para el fuego. Pero era en invierno cuando Tomás más medraba, es decir cuando se

producían más fallecimientos en el pueblo. Así y todo, era una familia pobre todo el año. Con frecuencia, la falta de actividad llevaba a Tomás a sus filosofías sobre la muerte, para las que se sentía más autorizado que nadie argumentando que nadie como él podía tener más experiencia sobre el tema. Su mujer, mucho más joven que él, no prestaba la menor atención a sus devaneos con la muerte. Bastante tenía ella con ocuparse de dar de comer cada día a su familia, prácticamente de la nada. El que sí vivió y mamó copiosamente de las elucubraciones del padre fue Tomás, su único hijo. Y lo hizo hasta tal punto y tan frecuentemente que el muchacho vivió una niñez de auténticos terrores, inmerso en extravagantes elucubraciones sobre las ánimas, los huesos y la carne marchita; en verdadero olor de cementerio.

La primavera en el pueblo hubiera sido anodina aquél año de no ser por dos acontecimientos. A saber, el nacimiento de dos potrillos rucios y las declamaciones de ciertas décimas y redondillas por parte de Antonio en los juegos florales en honor de la ya extinta gloria del término municipal, el eximio poeta de la región Artemio Monteflores. El nacimiento de los potrillos y su venta inmediata en la feria de ganado de Sampueblo supuso una inyección de dinero para la familia de Locuaz el Mulero que habría de alegrar su vida durante todo el año siguiente. Su mujer, estéril y seca como cuero y buena como el pan, no dejó de pavonearse y hacer ostentación de su generosidad durante meses. No había nada en el mundo que ella quisiera más ni de la que se sintiera más orgullosa que de Antonio. Para ella, su sobrino iba a cambiar el mundo.

El éxito que alcanzó el muchacho con sus versos descriptivos de rocas y alimañas de la zona en el certamen no hizo sino afianzar su confianza, promocionándola de ilusa a visionaria. Locuaz, a pesar de su nombre, era considerablemente más contenido y sensato. Con frecuencia traicionaba su nombre con largos e inexplicables silencios que nadie entendía y que granjearon a la familia algún que otro disgusto. El último fue con su mujer debido a lo que ella llamaba inexplicable falta de entusiasmo por el éxito de Antonio. Y es que Locuaz no entendía en absoluto qué cosa era eso de la poesía aunque respetaba que su sobrino se dedicara a practicarla como hubiera respetado cualquier cosa que hiciera el mozo ya que quería al hijo de su hermana muy sentidamente.

El pueblo celebraba cuatro fiestas al año y tenía una iglesia de piedra, un ayuntamiento de adobe de reciente construcción y una escuela monda y lironda. En las fiestas participaban casi sin atreverse los vecinos, excepción hecha de viudas y dolientes que eran los más; al fin y al cabo hacía bien poco que acabó la guerra y la represión, que aún continuaba, esparcía un terror inconcreto y frío que envenenaba los ánimos y las relaciones entre las gentes.

El padre Don Cosme no aliviaba precisamente de temores. Desde su fortaleza religiosa de piedra propagaba terribles amenazas de condena eterna a los espíritus y de denuncia pura y dura a hombres y mujeres. Era Don Cosme el típico córvido de cuello duro, desalmado y ávido de impartir castigo, que estaba presente en todas las pesadillas de niños y mayores. Hacía pues buenas migas con el alcalde Sarmiento, un represor con carnet de partido único y mala sangre que iba casi a ciegas contra los vecinos y las gentes más humildes de los cortijos y peanías. Su espíritu, absorbido por las consignas de la tiranía, era mezquino y cruel. Durante años su mayor deseo, casi su única ilusión, fue enviar al paredón a Fulgencio, el maestro del pueblo.

Don Fulgencio era un hombre de unos cuarenta años, de esos que produjo el país en tiempos de dictadura: valiente y culto, adicto a las causas de futuro, desubicado en aquél tiempo terrible de desamor y penurias del alma. Pero lo que este maestro de escuela simpático e inquietante amaba más era a los niños de su escuela. Y de entre ellos y con verdadera devoción, Don Fulgencio se propuso convertir a los cuatro amigos, José, Juan, Tomás y Antonio, en cuatro ciudadanos cultos y amantes de toda la especie humana, sin más excepción que aquellos anclados en el fascismo asesino. Para ello convirtió sus clases en actos histórico-culturales camuflados, esquivando con habilidad las torpes acometidas del cura y el alcalde y encendiendo la imaginación e ilusión de los niños más inteligentes.

Pero aquél cántaro era muy delicado y para llegar a su fuente había que pasar por el angosto y peligroso camino de los chismes y directes de las malas lenguas y, aunque sus enemigos eran realmente obtusos, tantas veces fue el cántaro que terminó por romperse; quiero decir que al final el cura alcalde consiguieron pillar a Fulgencio en un renuncio del que se derivó su detención, juicio sumarísimo e inmediato fusilamiento.

Pero la semilla había caído y germinado ya en la buena tierra de los cuatro amigos. Así, justo el mismo día en que se inauguraba la primavera del año en que cumplieron los diez años, llevaron a cabo su primera y más valiente reunión clandestina, inmediatamente después de que, junto con los demás niños de la escuela, fueran obligados a presenciar el asesinato del bueno de Don Fulgencio en la tapia del cementerio, declarándose secretamente en rebeldía en contra del que creían universo.

El nuevo maestro era casi un comisario político con bigotillo fino y camisa monocolor al que se le encargó enderezar a toda costa el rumbo educativo de los niños. Y a fe que cumplió con celo su cometido, ya que sustituyó la aritmética por la formación del espíritu nacional, la lengua por una disciplina casi militar y la geografía e historia por himnos y proclamas encendidas contra los rojos. En realidad no podía hacer otra cosa dado que el señor Aldegunde, que así se llamaba el nuevo maestro, era un fascistón inculto e ignorante que apenas sabía sumar y restaba con dificultad.

Pero la semilla de Fulgencio resistió el daño y la buena cuna de los cuatro amigos hizo el resto: Desde el asesinato del buen maestro empezaron a reunirse bajo la sombra de un granado que crecía a la salida del pueblo, al arrimo de una viaja casa abandonada de altos muros que, decían, una vez estuvo habitada por un moro azul. Allí, los niños hablaban y deliberaban sobre lo que su querido maestro les había enseñado durante años. De ninguna manera dejaron morir su magisterio. Enseguida la creatividad de Tomás puso nombre a aquél grupo en relación con su lugar de reunión. Nació de esta forma la *cofradía del granado*, poniéndose de manifiesto que la capacidad de asociación es una tendencia natural inherente al ser humano pues los niños no habían oído jamás qué cosa era una asociación o un grupo cultural o político.

A todo esto, el señor Aldegunde continuaba con ahínco su cruzada de privar a los niños de su capacidad de pensar o ejercer la libertad, pero no llegó siquiera a sospechar la existencia de la cofradía, tal era el celo y discreción de los cuatro en mantener su secreto lejos del alcance de los chivatos de la clase y de los chismosos del pueblo. Para ello, organizaban sus encuentros bajo el granado durante las primeras sombras de la noche, aunque suficientemente temprano como para preservar su secreto libre de las sospechas de sus padres.

El primer tema que se debatió a la vera del granado fue si el Generalísimo Franco era o no inmortal, tema que no muchos tenían claro por aquellos años. A favor de la inmortalidad del dictador inicialmente estuvieron Juan y Antonio, quienes adujeron que pues no se producía ningún fenómeno anormal cuando Franco entraba en las iglesias bajo palio, esto era indicativo de que su esencia era ciertamente casi divina, toda vez que únicamente la sagrada ostia se desplazaba bajo palio por las calles. Su inmortalidad quedaría así justificada. Tomás rechazó categóricamente esta conclusión argumentando que nunca había oído que Franco no cagara, actividad esta que indicaba la presencia de un proceso degenerativo absolutamente incompatible con la inmortalidad. Juan mantuvo aún su posición al expresar su convicción de que seguramente el Caudillo también cagaba bajo palio, cosa que posiblemente explicaba el porqué, sin ser rey, vivía en un palacio con inmensos cuartos de baño. Ah, pero no era fácil convencer a José, el cual rebatió la idea de cagar bajo palio trayendo a colación el concepto de que la mierda del Caudillo necesariamente tenía que oler mal y de que era perecedera y en modo alguno reciclable.

La discusión se extendió durante dos horas y de ella todos finalmente concluyeron que Franco era mortal y que algún día felizmente habría de morir. Fue el primer gran éxito de la cofradía que lo celebró con unas galletillas y agua de anís.

Esta torpe discusión no fue, sin embargo, sino el comienzo de un proceso especulativo liberal y progresista cada vez más ágil, elegante y fluido que condujo finalmente a los cuatro amigos, años después, a un conjunto de conclusiones cuya naturaleza puede ilustrarse con los siguientes ejemplos: Dios no existe, el régimen de Franco se constituye bajo las premisas del fascismo más criminal e inculto, los sistemas políticos vigentes en los demás países llamados democráticos, sin ser tan espantosos, no eran en el fondo sino una forma encubierta bien organizada de explotación del ser humano, el fenómeno femenino era muy atractivo y estaba por abrirse paso hacia un futuro lleno de incertidumbres, las habilidades del alma nada tienen que ver con la religión sino con la poesía, el arte y la vertiente espiritual del ser humano, ya casi perdida por la erosión de la barbarie, no existe nada tan respetable, necesitado de cuidados y hermoso como la naturaleza, etc, etc.

Aparte de las enseñanzas de su maestro Fulgencio y de la honradez y talento de sus delicadas mentes, los niños tuvieron otra ayuda decisiva para llegar a estas conclusiones: la del fantasma del Zagal que habitaba en la casa abandonada de la que entraba y salía a través del granado. Este fantasma se les apareció por primera vez el día de los difuntos del segundo año de reuniones, dispersándolos llenos de pavor de tal forma que estuvieron tres semanas sin volver al granado.

La aparición consistió siempre en apenas un leve jirón casi transparente de aparente seda azul y dos ojos grandes y redondos intensamente verdes, que se mantenía suspendida en el aire, entre las hojas del granado.

No era una figura nítida y definida que se moviera siguiendo las pautas lógicas de los fantasmas al uso. No. El del Zagal era fantasma inconcreto y sugerente apenas aprensible e imposible de dibujar. Y sin embargo era muy hermoso y llenaba el ambiente de una inquietud evocadora de amaneceres, predisponiendo los ánimos a un sentimiento de intensa ubicación en las pretéritas y futuras historias soñadas. Al haber

perdido el don del tiempo, olía a jazmín, y al ser incapaz de moverse por el espacio, llenaba todo el orbe dejando indefensos a sus huéspedes, a los que, no obstante, amaba de todo corazón.

Pero estos no tenían ningún enemigo del que defenderse dado que la del Zagal era aparición eminentemente pacífica y hermosa. Pasados los primeros sustos, los niños enseguida lo comprendieron y supieron que eran muy afortunados de tener un nuevo aliado para su causa. ¡Y qué aliado! Con la experiencia de más de cuatrocientos años y su conocimiento del más allá, cual si fuera un Cristo, el Zagal ilustraba sus enseñanzas con historias imaginativas y hermosas cuyo significado los muchachos no tardaban en comprender. Tal era su capacidad y el magnífico legado de Fulgencio.

A veces los cuatro amigos se plantearon si el Zagal no era, después de todo, una creación de sus encendidas mentes, una herencia maravillosa de Fulgencio. Nunca llegaron a saberlo de cierto, pero enseguida comprendieron que daba igual que fuera real o un figmento de sus mentes.

CAPÍTULO 2

LA HISTORIA DEL FANTASMA DEL ZAGAL

Lo primero que les contó el Zagal fue la historia de su vida y de su frustrada muerte. Ellos ya sabían que Zagal era un nombre árabe que significa valiente y que el noble nazarí que generó al fantasma lo fue en extremo, pese a las traiciones de su sobrino Boabdil y el rey cristiano Fernando. Granadino como su poderoso hermano el rey Muley Hassan, el Zagal disputó con los cristianos numerosas batallas, venciendo de forma estrepitosa en muchas de ellas, tal era su fuerza y su valor. Especialmente dolorosa para los servidores de la cruz fue la afamada batalla de la Axarquía de Málaga, en la que los moros arrebataron a los cristianos numerosos tesoros, armas y vidas. El Zagal llegó a ser rey de Granada algunos años, frente a la alianza vergonzosa de su sobrino con el católico.

Dijo el fantasma del Zagal a Juan: “Éramos menos guerreros, sus más abundantes armas eran mucho mejores y su estrategia, taimada e indigna de caballeros, hizo uso de la doblez y traición de muchos de mis hermanos”. “Esto explica por qué acabaron tomando la ciudad de Granada. Más aún así, no hubieran podido hacerlo si no se hubieran valido de la mentira y la condición mísera de muchos nobles granadinos.”

Juan le respondió: “Sin duda también les ayudó nuestro Dios que, al fin y al cabo, es el verdadero”.

Zagal: No hay más dios que Alá y Mohammed es su profeta.

Antonio: “Ni más dios que nuestro Dios y Cristo es su hijo unigénito”, podríamos decir nosotros los cristianos.

Zagal: No tienes hijo a las fuerzas del más allá que tengo aliados poderosos.

Antonio: No son más que figuras poéticas, querido espíritu.

Zagal: También Alá es el más grande poeta...

Tomás: Señor, hablemos de guerras y batallas. Nosotros ya no creemos en los dioses.

En efecto, por aquél entonces ya habían superado los niños su primera etapa religiosa a través de enconadas discusiones. Su conclusión, nítida y noble, fue que Dios no existe. Los libros de texto y ciertas creencias apresuradas hicieron el resto: Ni Dios ni dioses paganos volverían a martirizar sus sueños. Dijo el Zagal:

Zagal: Tiempo tendremos para todo.

Antonio: ¿Cómo se llamaba vuestra esposa?

Zagal: Mi favorita se llamó Alarrosa. Ella me fue fiel siempre y me acompañó hasta mi truculenta muerte al sur de Berbería. Vaga ahora por la vega de Granada convertida en luz de los maizales.

Tomás: Dicen que lo salvó de morir en Málaga.

Juan: Cuentan que cuando un rumí estaba a punto de cortar vuestra cabeza, ella lo convirtió en sapo.

Zagal: Era yo muy joven entonces y así fue como la conocí. Cerca de Velez-Málaga fue y yo me enamoré para siempre de la bella hechicera.

José: ¿Cómo era Alarrosa? Si es que nos queréis hablar de ella.

Zagal: Su piel era tan dulce y sedosa como el ámbar y sus ojos verdes como las aceitunas de los olivares de Córdoba y Jaén. Casi a las pantorrillas le llegaba su ondulado cabello que era negro como el azabache. No ha habido cintura como la suya ni caderas ni muslos más sensuales. Pero, sobre todo, fue su sonrisa la que me cautivó.

José: ¿Y sus pechos? Te lo pregunto con el mayor de los respetos.

Zagal: El sueño más erótico apenas desvelado en su increíble danza del anochecer.

Antonio: ¿Es verdad que fue una gran bruja hechicera?

Zagal: La más grande y la más hermosa de todas. El taimado Fernando la temía más incluso que a mí y quiso seducirla con promesas y regalos. Ella nunca aceptó nada. Participó en varias batallas decisivas causando estragos entre las huestes infieles. Sólo el amor movió siempre sus acciones. Sólo su amor por mí.

Tomás: ¿No os siguió en la muerte?

Zagal: Se envenenó con el veneno dulce de la mandrágora rifeña. Su último suspiro se fundió con el mío aquél triste amanecer de primavera del desierto, cuando yo ya me había alojado mi gumia en el corazón.

Fue así como los cuatro muchachos descubrieron la sexualidad y la dulce atracción del erotismo, nunca ajenas a la grandeza de la muerte. A partir de entonces pusieron el amor en la cúspide de sus sueños de alegría y buscaron a Alarrosa en los cuerpos de las niñas buenas.

Aquí fue la inspiración de Antonio para su primer poema romántico. Se lo leyó a sus amigos en la siguiente reunión de la cofradía, en presencia del fantasma del Zagal. Les dijo:

Antonio:

Del Darro por las aceras olorosas
En busca del Geníl y el mar
Vieron aquél mes de Mayo a Alarrosa
Caminando del brazo del Zagal.
Orgullosa él, ella tan hermosa
Que a nada los pudieron comparar.
Un viejo alfaquí pariente de la mora
Desde un puente se atreve a preguntar:
Por qué señores del amor tan a deshora
A la Granada queréis abandonar.
Entonces dijo ella: para morir a la aurora
Y él: y al siguiente anocheecer, resucitar.

Grandes aclamaciones saludaron el poema de Antonio. Pero dijo el Zagal

Zagal: Ni fue de tal modo ni el poema podría todavía pasar por bueno sino más bien por gesto valeroso de un prometedor poeta que todavía no lo es. Si te quedaras conmigo esta noche tal vez podríamos discutir a fondo tus versos de poeta incipiente.

Antonio: Yo bien quisiera, pero debo volver pronto a mi casa.

Zagal: La poesía querido muchacho está siempre en conflicto con la realidad pero no debe recurrir a la mentira: ha de ser precisa a la vez que soñadora. Tu poema debería reducirse a un solo verso, nítido y verdadero como un golpe único que descubriera infinitos horizontes mucho más lejanos que la cancela sin retorno a la que nos llevan tus doce versos.

Tomás: Creo que comprendo lo que dices como si fuera nebulosa. A mi los versos de Antonio me gustan mucho.

Juan: Y a mí

José: Si esto no es poesía, que venga Dios y lo vea.

Antonio: Puedo intuir lo que dice nuestro amigo.

Juan: Las casidas que yo he leído van más borrachas todavía de rosas, licores y mentiras. Y un solo concepto necesita más de cien versos.

José: ¿Quieres decir que la poesía debe ser como las Tierras de Alvargonzález?

Zagal: Yo no recuerdo a los poetas del futuro. ¿A qué casidas te refieres? Si a veces todos los destinos de los hombres se expresan en un gesto, en un libro en blanco. ¡Ay mi querido Juan!, no quisiera yo ofenderte pero debes saber que cada poema verdadero requiere dos poetas verdaderos: el que lo concibe y escribe y el que lee después los versos.

Antonio: Puedo ya sentir lo que dice nuestro amigo.

Tomás: Los poemarios de Lorca están a veces escritos sobre anémonas del mar...

Juan y José: Calla. Que las paredes oyen

Zagal: A este poeta ya lo conocíamos entonces. Y antes de que existiera el mundo lo conocieron en el caos primigenio. Se bien a lo que te refieres Tomás. Es un romance sonámbulo de color oscuro sobre el amor y la muerte que contiene todos los anhelos y toda la tristeza de los muchachos y los ancianos hermosos.

Antonio: Se me mete en la sangre lo que dices. Y en la sangre me hieres y me confundes.

Juan: Las paredes oyen. Qué nos haría el señor Aldegunde si supiera que hoy ha venido con nosotros Federico.

José: Y por todas partes la guardia civil tiene excavados túneles de silencio llenos de fusiles y centinelas alertas a los nombres prohibidos.

Zagal: La poesía, niños, es asunto de valientes que se atreven a recordar nítidamente el parto de sus madres.

Antonio: La sangre de la mía empapa aún las sábanas de las alcobas y humedece todavía los altos muros del cementerio. ¡Ay Zagal que yo ya casi te comprendo!

Tomás: Y cada amanecer se muere un niño con una gran herida en el alma

Zagal: Esta casida es de las más hermosas y tristes que escribieron mis hermanos. Si llegaras a sentirla, Antonio, romperías en mil pedazos tu alma y tu poema.

Antonio: Rotos están ya señor fantasma pues el Zagal y Alarrosa se fueron muy tristes de Granada.

Y fue así como Antonio se convirtió en poeta verdadero. Y como Juan, José y Tomás no pudieron ya nunca más vivir de nuevo sin verdadera poesía. Y, pues era ya tarde, enseguida se volvieron a sus casas, llevando por primera vez hogueras encendidas en sus pechos. El Zagal se difuminó entonces entre las hojas del granado dejando una noche de viento e inquietudes.

Al otro día, que era sábado, ninguno faltó a la cita. Los amigos eran más amigos y el recuerdo de Fulgencio y el fantasma del Zagal les acompañó de nuevo. Ninguno había podido dormir aquella noche. José había estado pensando hora tras hora en el día en el que se perdió Granada. En cuanto se levantó el fantasma, le espetó

José: ¿Cómo fue el día en el que se perdió Granada, señor?

Zagal: Yo no estuve allí ese día. Pero mi amigo El Pequení si estuvo y me lo contó luego. Fue un día tristísimo y muy extraño. La brutalidad de los rumíes, que se meaban en nuestros baños y delicadas fuentes, contrastaba penosamente con la finura de los palacios, aljibes y jardines. Ensuciaron los palacios y violaron a nuestras mujeres. Nada sabían de las bibliotecas ni de la paz de la paloma. Aquél tristísimo y espantoso día se perdieron tantas cosas: poemas, libros de ciencias, religión y filosofía, el gran arte y la inigualable ingeniería, y los nombres de sus correspondientes poetas, científicos, teólogos, filósofos, artistas e ingenieros. Al Ándalus retrocedió más de seis siglos y se hundió en las oscuridades de la barbarie aquél infausto día. Pero aún con todo, no fue esto lo peor, pues lo peor de aquél día fue la enorme tristeza que nos embargó a todos, el sentimiento de pérdida irrecuperable, la sensación de que al llegar la noche éramos menos humanos, más cercanos a los monos asesinos.

Tomás: ¿Y qué pasó luego, Señor Zagal?

Zagal: Ahora creo que lo llaman depresión crónica profunda. Sí. Nunca después llegamos a ser lo que antes fuimos. Todos acabamos nuestras vidas en la tristeza del exilio. Sólo aquellos que consiguieron escapar a Italia pudieron tener el triste consuelo de traducir el saber que salvaron en libros y memoria a los sabios italianos y, entonces, ver como este saber dio lugar a lo que llamaron Renacimiento que, eso sí, fue una revolución mutilada y ya sin nuestros nombres ni el impulso genuino de la creación y de la verdad.

José: ¡Pobres amigos nuestros!

Antonio: ¡Qué destino tan cruel!

Juan: A nosotros nos lo han contado de otra forma.

Zagal: Esto es precisamente lo que más nos dolió y más nos duele. Nos quitaron ya para siempre nuestra patria y borrarón nuestros nombres y la huella que dejamos en ella. Nada les importó que fueran gentes extranjeras las que aparezcan ahora como genios de la historia.

Tomás: ¿Y qué fue de ti y de Alarrosa?

Zagal: No pudimos soportar aquello. Así que abandonamos nuestra patria y nos pasamos a Orán y, de nuevo, pude ser capitán en la defensa del Islam en muchos sitios, contando entre ellos la ciudad de Tetuán que conseguimos mantener en nuestras manos. Alarrosa siempre fue mi fiel compañera, alegrando mis noches con su canto y alentándome en nuestra lucha santa. Esta nos llevó finalmente a la ciudad de Fes, donde

el califa, aliado de de mi traidor sobrino Boabdil, consiguió apresarnos y cegó nuestros ojos aunque no pudo secar nuestras lágrimas.

Antonio: ¡Qué cruel destino el vuestro!

Zagal: Mi querido poeta. Tantas fueron nuestras lágrimas y tanto nuestro deseo de volver a Granada que se nos secó el cerebro y se nos obnubiló la voluntad. Y mientras íbamos peregrinos hacia nuestra patria, instigadas por la perfidia de los reyes, las gentes nos equivocaban el camino de forma que dimos finalmente entre las dunas del desierto sin alimentos ni agua.

Juan: ¿Y qué ocurrió entonces? Sin duda, pericisteis privados como estabais de la vista, sin agua ni comida y sin ayuda.

Zagal: No olvidéis que mi Alarrosa era una gran hechicera.

Tomás: ¿Qué hizo para salvaros?

Zagal: Bueno, en realidad, ya no deseábamos la vida. Era demasiado pesada y triste para nosotros. Queríamos morir juntos y sólo manteníamos el deseo de que nuestros cuerpos descansaran en nuestra hermosa tierra de Al Ándalus.

Antonio: ¿Dónde están ahora vuestros cuerpos?

Zagal: convertidos sin duda en arena del desierto que habrá dispersado infinitamente el viento.

Antonio: ¿Y el alma de Alarrosa? ¿Dónde está alma de tu bella hechicera?

Zagal: Dejadme que os cuente. Usando sus poderes, Alarrosa invocó al más poderoso efrit que habitaba en las arenas y le pidió que, ya que no nuestros cuerpos, dejara vagar para siempre nuestros espíritus por la vega de Granada, pues para nosotros este es el más bello y placentero paraíso.

Juan: Perdona que os interrumpa señor, pero quisisteis cambiar el paraíso de Alá por una tierra de este mundo...

Zagal: Granada era y es para nosotros el más sublime premio a nuestra desgraciada existencia. El caso es que los poderes del efrit no daban para tanto. Al menos, en aquellos tiempos, sólo fue capaz de trasladar el espíritu de uno de nosotros a Granada, dejando el del otro a una distancia que nunca podía ser menor que la que existe entre Granada y el segundo río más caudaloso hacia el oeste. Alarrosa trató de que fuera mi espíritu el más afortunado, pero yo no podía consentirlo y pacté con el efrit un engaño que finalmente fue a dar con el alma de Alarrosa entre los maizales de la vega de Granada y con la mía aquí entre vosotros.

José: ¡Ay, ya separados para siempre!

Zagal: Quizá no, ya que apiadado el efrit de nuestro amor, consiguió con su gran poder un nuevo pacto con el reino de los espíritus.

Antonio: ¡Un pacto nuevo!

Zagal: Sí. Un pacto del que yo busco aprovecharme con vuestra ayuda.

Todos los niños: Cuenta con ella. Pronto iremos juntos a Granada.

Zagal: No es tan fácil. Deberé reunir cinco almas puras e inocentes que posean todo el conocimiento y la bondad del mundo y llegar en plena luz del día con ellas a Granada, junto a mi amada. Sólo así podré volver con Alarrosa a Granada. Queridos niños, aún nos falta alguien más y mucho camino por recorrer hasta la perfección requerida por los efrits.

Fue así como los cuatro amigos se integraron en el mundo mágico de los espíritus. Muchos años después se dieron cuenta de que, en realidad, no había otro camino para ellos. El destino les hizo jugar un juego en el que se les desordenaron las vivencias y se le mezclaron los años y los siglos. Cierta día muy caluroso y triste, cuando ya eran casi ancianos, después de muchos años, volvieron a reunirse a la vera del granado. Fue exactamente el día en el que murió Joselito, el gran torero gitano. Ninguno pudo decir qué había pasado. Cuando volvieron a reunirse con el fantasma un día de invierno por los años cincuenta, apenas cumplidos los trece años, ya conocían toda la historia del Zagal y Alarrosa, y José, que no había pegado ojo aquella noche, dijo:

José: ¿Hay alguno entre nosotros que sea aún núbil?

Tomás: ¿Qué es eso de núbil?

José: Pues alguien que vive en una nube

No dejó de reírse el Fantasma con la simplicidad de José, al que dijo:

Zagal: Será “que sea ya núbil”, aunque eso de que alguien núbil vive en una nube no deja de tener cierta relación con lo que de verdad pasa, ya que cuando te llega la edad de procrear puede ser que no pienses en otra cosa.

Fue así como los cuatro amigos fueron conscientes de los desasosiegos que les esperaban en la edad a la que acababan de acceder. Entonces Juan, que tampoco había dormido aquella noche, dijo:

Juan: Amigos, me he pasado la noche de batalla en batalla con la historia, intentando cambiarla, limpiarla de mentiras. Yo quería que la victoria en cada guerra o en cada uso hecho de los hombres hubiera sonreído a los espíritus más nobles. El resultado ha sido una noche inefable de pesadilla que no he podido controlar, una noche repleta de imágenes febriles que nunca conducían a la paz y la cordura. La historia no la conforman los mejores sino los más ansiosos mediocres.

Antonio: La paz, el valor, la generosidad y la cordura sólo caben en los más grandes corazones. No son prendas de la humanidad en su conjunto. No es verdad que otro mundo sea posible con los mimbres que formamos. Hay que ser muy valiente, culto y

honorable para laborar en favor de todo el género humano. El valor, amigos míos, no es prenda muy común entre los hombres.

En aquél momento reapareció el fantasma del Zagal entre las ramas del granado y dijo:

Zagal: Y sin embargo otro mundo es posible.

Antonio: ¿Cómo es esto, señor fantasmita bueno?

Zagal: Y así será en cuanto el mundo, torcido ahora por la cobardía de la barbarie y las reglas nemotécnicas de la palabra hablada, recupere las vertientes suaves del espíritu.

Tomás: ¿Las vertientes suaves del espíritu?

Zagal: Quizá sea de nuevo en el África, en el seno de la gran Madre. Algo grande se prepara en los paisajes desolados por la avidez de los mediocres: un cambio morfológico en los cuerpos de los nuevos hombres que posibilitará el advenimiento de una inédita tecnología artística y espiritual que ahora no podéis ni soñar siquiera, pero que traerá la bondad de nuevo al mundo por caminos bellísimos que discurren por las almas, ahora todavía escondidos. Tales han de ser las vertientes suaves del espíritu.

José: ¿No podríais ser, señor, más explícito?

Juan: Haznos, querido fantasma bueno, más fácil recuperar la esperanza. No olvides que somos seres que se mueven a través de reglas nemotécnicas y ejemplos sencillos.

Zagal: Pues bien, vosotros habéis visto en algunas casas y oficinas unos objetos negros muy feos que la gente de ahora se pone en la cara y habla a través de ellos con personas que están lejos. Los llamáis teléfonos y dicen que es un gran avance de la ciencia. Cuando hayan pasado algunas décadas, las gentes llevarán estos teléfonos consigo allá donde quiera que vayan y estarán siempre hablando a su través. Este será el punto de inflexión hacia la decadencia más abyecta y representará el final del homo sapiens.

José: Nada nos aclaras con esta sombría predicción.

Tomás: ¿De verdad que un objeto tan pequeño será capaz de acabar con nosotros?

Juan: Bueno, se sabe que las bacterias y los virus pueden destruir la especie humana por completo y, desde luego, son seres mucho más pequeños que los teléfonos. Son microscópicos.

Zagal: Sabed niños que los que llamarán teléfonos móviles no matarán a las gentes sino que dejarán sus mentes tan vacías, tan desprovistas de imaginación e inventiva que, con el tiempo, llegarán a modificarse sus calaveras de tal modo que perderán así la capacidad de usar el lenguaje.

Antonio: Más, ¿dónde reside entonces la esperanza?

Zagal: La acumulación de riquezas por parte de mediocres poderosos esquilmará África casi por completo. Y como otras veces en el pasado, la gran Madre volverá a generar una solución muy creativa, en forma de un nuevo ser humano capaz de cosas que ni siquiera podéis imaginar. Tales cosas devolverán la felicidad y el espíritu al mundo.

Fue así como los cuatro amigos encontraron la esperanza apelando a su amor por la especie humana en cualquiera de sus formas, lo cual habría de llegar a ser la forma más extremada del espíritu de las izquierdas del mundo. Aquella noche todos ellos durmieron a pierna suelta, libres de pesadillas o sueños escabrosos. Al día siguiente el fantasma, que aquella noche no había podido dormir sin embargo, se presentó muy ajado y pálido, y dijo:

CAPÍTULO 3

LA GRIPE DEL ZAGAL

Zagal: Hoy no me encuentro bien ya que he pasado una mala noche por el frío. El viento que penetra en esta casa por todas las puertas y ventanas hacía que se me volara la túnica dejando desnudo mi espíritu, a merced de la escarcha y de los filos helados de la luna.

Se oyó entonces estornudar y toser al fantasma. Los niños, alarmados, se miraron unos a otros sin saber que hacer. Nadie tenía en aquella época experiencia alguna de cómo se podía curar a un fantasma con gripe. Tendrían que pasar muchos años aún para que en las facultades de medicina hubiera una especialidad, que llegó a ser muy apreciada, que enseñaba remedios para curar fantasmas. Todo lo que se le ocurrió a Antonio fue decir:

Antonio: Vente conmigo a mi casa esta noche. Mi habitación es muy abrigadita y en mi casa hay braseros.

Zagal (tosiendo): ¡Jamás me presentaré a otros humanos que no seáis vosotros! No, al menos, sin ejercer mi oficio de fantasma.

Antonio: Mis padres son muy buenos y respetuosos con mi intimidad. Además, podrás entrar por la ventana y yo echaré el fechillo de la puerta por dentro.

Juan: Cualquiera de nosotros te puede llevar a un sitio calentito en nuestras casas de forma tan discreta que nadie te verá.

Tomás: Mi casa es la que está más cerca y mi habitación tiene el techo pintado con estrellas.

José: Nada de eso. Mi padre se ha ido a comprar harina a la ciudad. Estará fuera tres días por lo menos. Podremos llevar una estufa a la habitación y cerrar por dentro.

Zagal: ¡Ay!

Antonio: ¿Qué te ocurre?

Juan, José y Tomás (saltando para tratar de tocarlo): ¿Tienes fiebre?

Zagal: ¡Ay, ay! ¡Qué malito estoy!

La túnica que envolvía el espíritu del Zagal comenzó a agitarse y a cambiar su color a un azul celeste mientras los ojos del fantasma adquirían tonalidades rojizas y malvadas. De pronto, empezó a reír de forma extraña. Los niños, muy asustados, se miraban unos a otros sin saber que hacer.

Antonio: El fantasma del Zagal se ha transmutado en un espíritu intranquilo y perverso.

Zagal: Yo quiero jugar a asustar viejecitas

Niños: ¿Cómo?...

Zagal (cuyos ojos normalmente llenos de energía habían adquirido finalmente una expresión ingenua y somnolienta): Si. Yo me escondo en la copa de un árbol y vosotros me traéis a una abuelita. Entonces yo salgo y doy un grito. Veréis cómo corre la calle abajo. Será muy divertido.

José: ¿Pero qué te pasa?

Tomás: Tú eres bueno e inteligente...

Juan y Antonio rompieron a llorar sin poder articular palabra. Tal los había dejado la inesperada transfiguración del fantasma.

Zagal: Es ésto lo que todos esperan de un fantasma. ¿No es así?

Antonio: Pero tú eres distinto, casi un santo.

Zagal: Yo quiero jugar a asustar gente...

José: ¡Ah, ya comprendo lo que pasa! La fiebre afecta a los cuerpos de los seres materiales, como nosotros. Les hace dormir y les da dolor de cabeza. Pero un fantasma no tiene cuerpo...

Tomás: ...Y afecta directamente a lo único que tiene: el alma.

Antonio: Sintió frío en el alma y cayó en esta postración.

Juan: La gripe ha afectado directamente el espíritu de nuestro amigo. Lo ha convertido en el de un niño travieso.

Antonio (llorando): ¡Hay que curarlo como sea!

José: Cuando nosotros estamos malos nos dan aspirinas y nos quedamos en la cama, pero ¿qué medicina hay para curar fantasmas, qué cuidados debe recibir un fantasma.

Tomás: Nada podemos hacer pues sino rogar a la naturaleza que imponga sus remedios naturales para curar el espíritu de nuestro amigo.

Zagal: Decidme a quien queréis que asuste.

Antonio: Puestas las cosas así y dado lo irremediable de este estado del Zagal, yo diría que no vendría nada mal que el señor Aldegunde recibiera su visita.

Tras una breve discusión, y con el entusiasmo del Zagal, enseguida se aceptó la sugerencia de Antonio. Todos sabían de los ataques reiterados del fascista a los poetas de la generación del 27 y, a través de ellos, el daño que les hacía, en particular a Antonio.

José: Aldegunde tiene una huertecilla no lejos de aquí con melocotoneros y manzanos.

Tomás: Va todos los días a regar más o menos a estas horas. Ahora mismo seguro que estará.

Zagal: Yo prefiero el olor y la pelusa de los melocotones. Además, el andamio de este árbol me resulta más conveniente y evocador.

Juan: ¿Y cómo lo llevamos hasta allí sin que la gente lo vea?

Zagal: ¿Tenéis una cajita de taracea?

Antonio: Mi madre tiene una

Zagal: Pues ve enseguida a por ella. No puedo viajar sino es en una cajita de taracea. Son herencias de mi origen mortal.

Al poco rato, los cinco amigos se dirigían rápidamente a la huerta de Aldegunde. La cajita de taracea se agitaba y tosía continuamente. A punto de llegar a la huerta, se cruzaron con el padre de Tomás que venía dialogando con la muerte.

Tomás padre: ¿A dónde vais a estas horas por el campo?

Tomás: En ciencias naturales nos han pedido que cojamos hojas, flores y semillas. Tenemos que hacer un herbario.

Tomás padre: ¿Un qué..?

Juan: Un herbario.

Tomás padre: ¿Y eso qué es?

José: Pues un bloc con las plantas y flores pegadas.

Tomás padre: Para los difuntos no parece mala cosa. Tomás, me lo darás cuando pasen los exámenes.

Antonio: Todos se lo daremos. Un herbario es ideal para invocar a los muertos frente a sus féretros.

Tomás padre: ¿Quién es el que tose?

Juan: Soy yo que he pillado un buen resfriado con los fríos de la escuela.

Tomás padre: Qué tos más rara. No parece humana. Se diría más bien que es la tos de un finado. Y no me contradigáis que yo se muy bien de lo que estoy hablando. Bueno, vosotros a lo vuestro que yo tengo que hacer.

Tomás: Uff, menudo susto me he llevado. Por un momento creí que me llevaría a casa de una oreja.

Juan: Vamos que ya es un poco tarde.

Al señor Aldegunde, que nunca llevaba calzoncillos y que estaba en aquél momento regando con la manga riega, literalmente se le cayeron los calzones cuando oyó aquella voz de ultratumba. Al soltar la manguera, esta cayó al suelo con tan mala fortuna para él y general regocijo de los niños que la salida quedó apuntando directamente a las flácidas partes blandas del aterrorizado tirano. Y así se mantuvo durante el más de un minuto que duró la aparición, entre las risas contenidas de los niños escondidos detrás de unas conejeras y el espanto del prócer fascistón.

Zagal, desde una horquilla de un melocotonero, aleteando su pálida sábana: Santes, pinsantes, santes

Aldegunde: Ay, ay

Zagal: Cuida tus actos en la escuela, santes...

Aldegunde: ¿Santes?...

Zagal: ...o vendré a visitarte de nuevo, santes, sensantes...

Aldegunde: Ay mamá...

Zagal:
Soy el fantasma del moro Zagal
Y he venido a verte desde el Más Allá
En el nombre mismo del benigno Allah
A enderezar los pasos de tú triste caminar
Con un baño helado de agua de azahar.

Aldegunde: Yo no se nadar.

Zagal: Santes de sal.

Aldegunde: Ay mamasita, mamá

Jamás antes se habían divertido tanto los niños. Y es que la venganza, aún en los pechos más generosos, es bálsamo dulce y alba de mayo, y Aldegunde se había excedido demasiado aplicando su incultura y represión en la escuela.

Zagal:
Agüita de invierno
para tus colgajos.
Santes del infierno
al prócer taimado.

Aldegunde: Vóime a desmayar...

Zagal:
No tendrás vergajo
maldito gallego.
Ni ojos ni cuajo
ni orejas ni aliento.

Aldegunde: ¿Qué quieres decir?

Zagal: Que volveré a buscarte si continuas con tus represiones en la escuela, Santes, sensantes.

Aldegunde: ¿Y qué quieres que haga?

Zagal: No te metas con los niños. Déjalos en paz.

Aldegunde: Ya no me siento las partes.

Zagal:
Si sigues tan ciego
De aquí en adelante
Te llevaré al infierno
Santes, santes, santes

Aldegunde, desmayándose: Ay de mí...

Zagal: Di tu nombre, santes, sensantes...Ah, nada dices... Ya veh niños, no sabe ni decir su nombre.

De vuelta al granado, los niños no cabían en sí de gozo. El señor Aldegunde ya nunca volvió a ser el mismo, ni en la escuela ni en su casa. El resto de su vida se la pasó estudiando y cuidando el pertinaz resfriado que aquél infausto día le dejó debajo de su bajo vientre. Pero como no hay mal que por bien no venga, aunque lo dejó impotente, el baño de agua helada curó su gonorrea crónica que soportaba desde aquél pecado de juventud en la capital. Aquella noche el fantasma durmió en la habitación de Tomás, pero continuó con gripe al otro día. Ya todos a la vera del granado, preguntó Juan:

Juan: ¿Cómo se encuentra hoy nuestro fantasmita travieso?

Zagal: Dispuesto de nuevo a ejercer su oficio.

José: ¿El de asustar a la gente?

Zagal: Exacto. Estoy a vuestra disposición. Pero tened en cuenta que toseré de nuevo en la caja de taracea, que es muy angosta.

Antonio: ¿Qué os parece si visitamos esta noche a Don Cosme?

Zagal: ¿Qué frutales hay en el patio de la iglesia?

Tomás: Naranjos y limoneros. ¿Cuál de ellos prefieres?

Zagal: Sin dudar, un limonero. Da frutas más agrias y más acordes con las lágrimas.

La misa se celebraba cada día a las siete de la tarde. Tuvieron que esperar pues al día siguiente. Aquella velada la emplearon en jugar al escondite. La obvia ventaja del Zagal en este juego se compensaba con la mayor experiencia de los niños. Esto hizo que pasaran un rato muy divertido. Aquella noche, la ilusión de la venganza no dejó dormir a los niños. El Zagal durmió, no obstante, a pierna suelta en casa de Antonio, donde nadie pudo percatarse de su presencia. Cuando se dirigían hacia la iglesia al día siguiente, las toses y agitaciones del fantasma en su cajita de taracea que transportaba Antonio, alarmaron a Locuaz que volvía a casa cabalgando una mulilla muy inquieta.

Locuaz, señalando la cajita: Hummm...

Antonio: No te preocupes padre. Yo estoy muy bien, es sólo un juguete parlante que me ha regalado el maestro.

Locuaz, muy inquieto, casi tocando la cajita: Hummm, hummm...

Lo que señalaba Locuaz era una babilla verdosa que salía de la caja. Era moco de fantasma. Al percatarse de ello, a Antonio casi le da un mareo. Pese al asco que le producía, limpió el moco rápidamente con la mano mientras decía:

Antonio: Es gelatina. Sin ella, los mecanismos del juguete se oxidan enseguida. Fíjate padre si no será peligroso que nos vamos a oír la santa misa y luego jugaremos en el jardín de la Iglesia con Don Cosme.

Locuaz, haciendo un gran esfuerzo: Hummm... Vuelve pronto a casa.

Antonio: Estaré pronto allí. Aún tengo que terminar los deberes.

Sin embargo, en aquél momento el fantasma emitió un suspiro, sin duda debido a sus dificultades respiratorias; es decir, el Zagal dijo “Santes” tan fuerte y misteriosamente que la mulilla de Locuaz, muy asustada, salió disparada por la cuesta abajo a tal velocidad que finalmente dio con Locuaz, las albardas y todos los enseres que llevaba en el suelo mientras ella seguía espantada su camino hacia la casa de Locuaz y Antonio, donde buscó cobijo en su cuadra. Los niños corrieron hacia Locuaz que se quejaba en el suelo tan amargamente que parecía que estaba en las últimas de su existencia.

Antonio: Padre, padre...

Locuaz abrió entonces los ojos y, mirando tierna y desconsoladamente a su querido hijo adoptivo, empezó a decir:

Locuaz: Dios nos proteja, hijo mío. No alcanzo a comprender el misterio de la caja de taracea, pero debo decirte que la Lucera y yo hemos oído un gemido como venido del infierno que la caja emitía. La pobre mulilla se ha asustado tanto como yo. Mira a ver si tengo algún hueso roto y recoge todas las cosas del suelo que estoy impaciente por contárselo a tu madre. No se si tendré algo de mi cuerpo averiado, pero queda claro que algo de mi ha cambiado drásticamente. Hijo mío, así como antes no se me podía sacar una palabra ni con calzador, ahora estaría hablando sin parar meses y años. Algo me ha hecho esa cajita mágica que ni puedo explicar...

Niños: Milagro, milagro

Zagal, voz ronca desde la cajita: Vamos ya que el tiempo apremia.

Locuaz, dando un respingo: Oh my god...

Antonio, asustado: Qué le pasa padre

Locuaz: Haben Sie Heute Geburtstag?

Tomás: Vuelva en sí señor Locuaz. Es decir, cállese.

Locuaz: Barbara, celare, darii, ferio, caesar in camestre, festino, barocco. Daracti, feractum, ...

Juan: Locuaz se ha endemoniado.

José: No. Sólo es que habla por los codos.

Antonio no podía con la pena de ver a su querido padraastro en tal estado y volvió la cabeza llorando. Entonces la cajita le susurró

Zagal: No te alarmes, el milagro sólo durará un par de horas a lo sumo. Que tu madre aproveche para hacerle ahora todas las preguntas que nunca había respondido.

Juan, mientras Locuaz continuaba su interminable verborrea: No tiene sino unas leves magulladuras. Levantémoslo del suelo y podrá irse a casa por su propio pie.

Así fue. Locuaz estaba perfectamente y se fue rápido a su casa recitando el monólogo de la segunda tablilla del Enuma Elish de Asurbanipal en arameo. Una vez asimilado el milagro de Locuaz, los niños reanudaron su camino a la iglesia a la que llegaron cuando estaba a punto de terminar la misa. Los niños pasaron directamente al patio de la iglesia y soltaron al Zagal que, rápidamente, se ocultó entre las ramas del limonero más alto y frondoso. Mientras esperaban que saliera Don Cosme, sólo se oían las risitas del fantasma y rumores de padrenuestros.

Dejáanse de decir aquí las emociones que se desarrollaron en las dos horas siguientes en casa de Antonio. En efecto, una vez repuesta del susto que la entrada de Locuaz recitando los Salmos de Salomón en zuahili produjo en ella, su mujer Silencio, hizo lo que aconsejó el fantasma y pudo así obtener de su marido toda la información que no había logrado en más de quince años de infructuosos intentos. Silencio se explayó a su gusto y pasó las dos horas más felices de su vida comprobando hasta que punto era bueno su marido: más que ocultarle verdades incómodas para él, el silencio de Locuaz era debido a una malformación en su capacidad de relación con otros humanos, que no con los animales, en especial las mulas. Una vez sabido esto, Silencio se queda mucho más tranquila y en adelante su vida fue bastante más feliz y relajada. Hasta tal punto llegó el efecto benefactor del fantasma del Zagal.

Más volvamos a la iglesia donde, al poco, salió Don Cosme al patio y se encontró con los niños que lo esperaban ansiosos.

Don Cosme: ¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿No vendréis a cometer un atentado en lo sagrado?

Juan: ¿Un atentado? ¿Nosotros?

Tomás: Al contrario señor cura. Hemos venido para ayudar.

Don Cosme: ¿Ayudar vosotros, gamberros piojosos?

José: Pues si. Venimos a ayudarle a salvar su alma.

Don Cosme: ¡Descarados!

Don Cosme se lanzó sobre los niños con ánimo de golpearles en la cabeza con el pesado cáliz que aún llevaba en las manos. Sus ojos echaban fuego y su boca dibujaba un rictus de violencia terrible. Cuando ya se disponía a golpear a Antonio, se le apareció el fantasma del Zagal entre las ramas del limonero.

Zagal: ¡Santes, pinsantes!

Don Cosme se quedó literalmente petrificado. Ni pudo corregir el rictus de su boca ni el incendio rojizo de sus ojos y su brazo derecho quedó levantado, amenazante con el cáliz convertido en arma mortal.

Don Cosme: ¡Socorro!

Zagal: ¡Santes, santes!

Antonio: Gran Dios. Nunca antes estuve tan cerca de morir.

Don Cosme (convertido en la estatua más violenta): Válgame los infiernos. ¿Estoy ya en ellos? ¿Eres Lucifer maldita aparición?

Zagal:
Criatura oscura del Averno
Santísima escultura del Mal
Aquí quedarás al raso abierto
Para que te oigan blasfemar.

Don Cosme: ¡Dios cruel que tal permites!

Zagal:
Espantajo violento y feo
Violentísima figura de sal
Como si estuvieras muerto
Tendrás que pernoctar.

Don Cosme: ¿Sujetando esta copa de veneno?

Zagal: Santes brujo maldito. Tendrás que pernoctar.

Allí lo dejaron al relente de la fría noche que no pasó Don Cosme muy buena. Le dolía todo el cuerpo y en especial el brazo levantado. El cáliz le pesaba como si fuera un bidón lleno de brea.

No. No pasó buena noche Don Cosme. Pero peor fue el amanecer. Con las primeras luces empezaron a volar los vencejos y las cigüeñas que anidaban en la torre de la iglesia. Y fue la desgracia del cura que empezaron a lloverle excrementos de las aves sobre los hombros y la tonsura en tal abundancia que cuando llegó por fin el sacristán tenía sobre sí más de veinte kilos de malolientes y agrios excrementos.

Fue tal su martirio que, si hubiera soportado todo aquello en el nombre de Dios, sin duda que hubiera sido uno de los mártires más aclamados de la Iglesia. Pero tal cosa sólo le convino al córvido furioso, ya con mucha luz sobre sus sanguíneos ojos, una vez que el sacristán lo descubriera blasfemando como un poseso contra todos los poderes de la santa liturgia, haciendo que su pérfido ayudante huyera por la capilla de las ánimas como alma que lleva el diablo.

Fue precisamente entonces cuando se produjo el segundo milagro del Zagal. Ya se arremolinaba la gente en el exterior de la tapia del patio de la Iglesia, espantada al oír las terribles blasfemias que a grandes voces profería el párroco cuando, de pronto, Don Cosme cambió la expresión de su rostro y relajó todos los músculos de su dolorido cuerpo. Tras un breve silencio se le oyó decir a grandes voces:

Don Cosme: Gracias sean dadas a estos niños de la escuela y al fantasmita bueno que tal prueba me han hecho pasar. Benditos sean ellos que me han abierto los ojos y limpiado el alma. Ya, cual Quijote bueno, aborrezco de todas mis maldades y blasfemias como él aborreció los libros de caballerías. Nada encuentro más apetecible ahora que el culto bondadoso y ayudar a mis feligreses. Ya dejo horrorizado toda mi vieja pelambreira de córvido ávido de sangre y me revisto con las suaves plumas blancas del amor a los demás. Llamadme hermanos de ahora en adelante Cosme el amigo de los niños y de los pobres. Nunca más pongáis el Don delante de mi nombre.

Y así fue como Don Cosme se convirtió en santo. Querido por todos, murió muchos años después en verdadero y penetrante olor a santidad, rodeado de los niños que fueron sus enemigos y con la ilusión de encontrarse con Dios. En Roma sólo tardaron ochenta años en canonizarlo. Así fue el segundo milagro del Zagal.

La noche que indujo la conversión de Don Cosme la pasaron los niños en un reparador sueño. El Zagal la pasó mejor que las anteriores en la habitación de Juan y todos oyeron el escándalo de los pájaros al amanecer. El fantasma sonreía pero cuando el niño lo llevó al granado antes de irse a la escuela, aún tenía fiebre y era como un chaval travieso, todavía con muchas ganas de jugar. Pero estaba ya mejor y no tosió ni se agitó durante el trayecto.

El día transcurrió sin incidentes dignos de contar. Ya a la vera del granado, al caer la tarde, los niños se preguntaban cómo estaría su querido fantasma. Bien es verdad que todos deseaban que pronto se pusiera bueno y poder reanudar sus entrevistas culturales de las que tanto aprendían, pero más de uno secretamente deseaba que la gripe del Zagal durara un poco más pues las dos veladas anteriores habían sido muy emocionantes y todavía quedaba alguien que merecía una buena lección: el alcalde Sarmiento, el peor de todos.

La aparición del fantasma les sorprendió comentando las lamentables características que reunía el edil mayor del pueblo, sus crímenes y desmanes. Más de una lágrima rodó por los rostros infantiles recordando el asesinato de su querido Don Fulgencio, aquél maravilloso maestro al que tanto querían.

Zagal: Ya estoy mucho mejor pero tengo todavía ganas de jugar...

Niños (Llenos de júbilo): ¡Viva el fantasma del Zagal!

Zagal: Y me gustaría hacerle una visita a Sarmiento, esa vara malvada de árbol de castigo: Sarmiento el de los azotes y las descargas cerradas al amanecer.

José: Flaco como un tollo y malvado como un Truman.

Antonio: El asesino de Fulgencio.

Tomás: Y tantos otros que pueblan las tumbas borradas en los campos del pueblo.

Juan: ¡Libélula negra y bigotuda que liba sangre!

Zagal: ¿Queréis que haga otro milagro con él?

Tomás: Ya basta de milagros.

Juan: No se merece ni la broma ni la redención. Sólo ser despachado por la muerte, sorprendido en la ciénaga de su iniquidad.

Antonio: ¡Alcalde de cementerio!

José: Nos debe mucho este personaje. Nada, ni su vida siquiera, podrá pagarnos la deuda.

Hacia el ayuntamiento se dirigían los muchachos con el Zagal poco después. Debido a la mejoría que había experimentado el fantasma, la cajita de taracea iba tranquila y silenciosa. Naturalmente, el ayuntamiento estaba en la plaza central del pueblo.

Era un edificio nuevo, de dos plantas, construido enteramente de adobe, con un balcón muy coqueto ante el que se reunía el pueblo para recibir las consignas de su alcalde. Ese día no había nada especial que hacer en el ayuntamiento y Sarmiento, en su despacho, se dedicaba, como siempre en tales días, que eran la mayoría, a jugar a fusilamientos con soldaditos de plomo.

En el patio cuadrangular central había cuatro tilos de mediano tamaño herencia del edificio anterior cuando fue completamente reformado y un guarda dormitando junto a su perrillo. Eran Eusebio y Sultán, el encargado de la vigilancia y limpieza del edificio y un chucho pequeño y triste cuya única gracia consistía en imitar los movimientos de su dueño.

Eusebio era enorme y todo lo que tenía de grande lo tenía de obtuso y bueno. Nunca llegó a entender en qué consistía su oficio, pero cumplía lo que le mandaban con diligencia y sin preguntarse nada. Junto a él llegaron aquel día los niños y el fantasma. Antes de que se despertara Eusebio, el Zagal, liberado de su encierro, se escondió entre las ramas de uno de los tilos.

Eusebio: ¿Qué buscáis aquí?

Juan: Tenemos que hablar con el alcalde.

Antonio: Sí. Se trata de algo muy importante.

Eusebio: Pues subid a verlo. Está en su despacho.

Tomás: No. Lo que tenemos que enseñarle se ve mucho mejor aquí. En su despacho no hay tanta luz. Ve a llamarlo y que baje.

Eusebio: A ver. ¿Qué es?

José (enseñándole una moneda de un duro muy sucia y vieja): Creemos que es una moneda fenicia. La encontramos en las eras.

Eusebio (persignándose): ¡Santo Dios!

José (escondiendo la moneda): No te quedes ahí parado como un pasmarote y sube rápido a por Sarmiento. ¡Vamos!

Eusebio: Sí, sí.

El alarmado guarda salió como una exhalación en busca del alcalde seguido por el perrillo que ladraba tristemente. Los niños se echaron a reír.

Juan: Se podrá llegar a ser tonto de remate.

José: Este no ha visto un duro en su vida.

Antonio: Pues claro que habrá visto muchos, aunque seguramente no todos juntos, sino de vez en cuando. Lo que pasa es que es más tonto que mandado a ser por encargo.

José: Aunque le hubiéramos dicho que es una ballena se lo hubiese creído también...

A todo esto, el trío esperpéntico formado por Sarmiento, Eusebio y el taciturno Sultán ya salían al patio. La presencia del terrible alcalde no dejó de atemorizar un tanto a los niños, pese a la seguridad que representaba para ellos el Zagal.

Sarmiento: Venga. Enseñadme esa moneda.

Eusebio: Ya verá lo rara que es...

José: Aquí está.

Sarmiento (con ojos llameantes por la avaricia): A ver, a ver...

José (tirando la moneda hacia lo alto): ¡Atrápela señor Sarmiento!...

El malvado edil, que ya se imaginaba rico y respetado por el descubrimiento, dio un gran salto hacia arriba para apoderarse de la moneda. Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con los del fantasma. Nunca antes había adoptado el Zagal una apariencia más aterradora que con la que se enfrentó Sarmiento. Sus ojos literalmente echaban fuego y su túnica, que había adquirido tonalidades violáceas, parecía luchar violentamente con un viento ululante y desalmado que amenazaba llevarse a todos al infierno.

Zagal: ¡Santes, pirinsantes!

Sarmiento (Hecho un ovillo de pavor en el suelo, después de su caída): La moneda se ha convertido en un espíritu infernal. ¡Ayúdame a escapar, Eusebio!...

Pero bastante tenía Eusebio con no morir de miedo. Abrazado a Sultán, gemía lastimeramente escondiéndose detrás de los niños.

Zagal: Enfrentate con tu destino, malvado asesino. Tu alma sí que es infernal. Santees...

Alcalde de los avernos
Bigotillo fascista
Ladilla gris de los muertos
Alma de negro cristal.
Pesadilla de los buenos
Amigo de la maldad
El aladid del infierno

Corazón de pedernal.
Vendrás conmigo al desierto
Y aprenderás a llorar.

Y dicho y hecho. El fantasma del Zagal redujo en un momento a Sarmiento y a Sultán a una bola peluda y con ellas se metió en la cajita de taracea como una exhalación. Se oyeron gritos y ladridos de espanto y luego sobrevino un ominoso silencio. No dejaron los niños de quedar muy impresionados por lo que habían visto. Ni por supuesto Eusebio, al cual se le había arraigado una llantina que, no por inconsolable, dejaba de producir pena en los niños.

Eusebio: Sultán, Sultán, ¿dónde te has metido?

Antonio: ¿Y qué hacemos ahora?

José: Pues lo que nos dijo el Zagal que hiciéramos: irnos a casa.

Eusebio: Llévame con vosotros. Yo sin Sultán soy aún menos que nada y tengo mucho miedo.

Tomás: No te aflijas Eusebio que no tardará mucho en volver Sultán.

Eusebio: ¿Es eso cierto?

Antonio: Y tanto. No pasará más de esta noche sin que te reúnas con él. Espéralo aquí que aquí volverá junto con el alcalde.

Juan: Además, ya verás como los efectos de esta extraña aventura serán muy beneficiosos para él.

Consolado así Eusebio, los cuatro niños se marcharon a sus casas, dejándolo allí algo mustio pero esperanzado de recuperar a su chuchó. Aquella noche fue muy silenciosa y apacible. Todos los habitantes del pueblo durmieron a pierna suelta, excepto Hornazón el panadero, el padre de José, que pasó una noche de pesadillas que, después, nunca supo decir si se le grabaron en la imaginación durante el sueño o la vigilia, pero que cambiaron su vida para siempre.

En efecto, se pasó la noche soñando con el alcalde Sarmiento. Y entre tales sueños soñó que un día en un lugar muy extraño y desconocido para él llegó a una inmensa panadería toda ella hecha de hierro, betún y fuego.

Nada más entrar en ella se encontró al alcalde encadenado a la boca de un cañón de hierro forjado, de los que usaban los tercios españoles varios siglos atrás. Hornazón trató de dirigirse hacia él para liberarlo, apremiado por los gritos angustiosos de Sarmiento. Pero una fuerza invencible se lo impedía. Era inútil. Por más que lo intentaba no podía avanzar. Trató entonces de utilizar sus grandes tenazas de horno y el fuego de una gran hoguera que ardía allí cerca, pero cuando su gran pericia de panadero estaba a punto de romper las cadenas que mantenían inmovilizado a Sarmiento en la boca del cañón, de las llamas surgía el gran Don Juan de Austria que pegaba fuego a la

mecha mientras gritaba: “De nada te valdrá tu pericia de panadero. En el nombre de la Iglesia Católica y de todos los reyes de España os castigaré a ambos”.

El cañonazo destrozaba el cuerpo del alcalde esparciendo sus pedazos por todas las paredes, lanzando su cabeza, intacta, hasta la oreja de Hornazón donde sonriendo atrozmente susurraba: “Eres un patán inútil. Si supieras geografía y matemáticas hubieras podido salvarnos”. Luego, la endiablada cabeza empezaba a devorarlo. El horrible dolor lo despertaba un instante y enseguida, al quedarse irremediamente otra vez dormido, volvía de nuevo el mismo sueño. Así, una y mil veces a lo largo de la noche y cada vez con un artillero diferente.

Desfilaron a través de su angustia, entre otros muchos que no fue capaz de reconocer, los Reyes Católicos, el Cid Campeador, el Gran Capitán, Boabdil, Almanzor, Felipe IV y, finalmente, cuando ya el horror y la fiebre lo hacían desfallecer, al amanecer, el caudillo Franco. Siempre se repetían las mismas acciones y las mismas frases. Lo despertó Rosa, su mujer, que se ahogaba con un ataque despiadado de asma.

Hornazón estaba a punto de la desesperación, pero aún así auxilió a su mujer de forma que, al poco rato, esta estaba preparando el desayuno como si tal cosa. Entonces Hornazón entró en un estado de ensimismamiento y aparente depresión en el que nadie fue capaz de sacarle una palabra y que habría de afectarle durante tres días con sus noches.

Aproximadamente a la misma hora en la que despertó el panadero, en el patio del ayuntamiento se producía un acontecimiento de lo más extraño. Un gran fardo compuesto por el desencajado cuerpo del alcalde y la ahora alegre presencia de Sultán cayeron de lo alto de uno de los tilos, yendo a dar sobre el cuerpo del dormido Eusebio, el cual no se había movido de aquél lugar ni comido ni bebido en los tres días que duró el extraño suceso. No se produjo daño alguno en ninguno de los tres.

Al contrario, Sultán y Eusebio se pusieron tan contentos que era de ver; el perrillo parecía además haber cambiado su carácter taciturno por una actitud vital mucho más alegre y juguetona y, como consecuencia, tal cosa ocurrió también con su dueño.

Sin embargo, nadie de los que lo conocían pudo interpretar lo ocurrido con Sarmiento. Una vez que hubo caído, apartó violentamente a Eusebio, se recompuso lo que pudo y, sin decir palabra, se dirigió rápidamente a su despacho, aunque alguien dijo que con más deseos aún de fusilar gentes pero sin acordarse en absoluto de los hechos que habían precedido a los asombrosos acontecimientos que había vivido. Esto último es lo que, sin duda, salvó a los niños.

Al cabo de los tres días, Hornazón emergió de su postración. Lo hizo con una amplia sonrisa y con tal cariño por su buena esposa que ésta no dudó en interpretar el cambio de su hombre como un milagro. Dijo:

Hornazón: Ahora ya lo entiendo. ¿A que hora sale José de la escuela?

Rosa: Como siempre. A las cinco.

Hornazón: Hoy iré yo a buscarlo pues tengo que hablar con él de hombre a hombre.

Esta resolución no dejó de preocupar a Rosa, pero era tal lo cariñoso y tierno que su marido se había vuelto que pronto dejó de preocuparse. Y, en efecto, al recoger a José después de clase, el padre contó a su hijo y a su mujer la pesadilla que había tenido, a la que calificó de revelación onírica, concluyendo:

Hornazón: Hijo mío de mi alma, aunque no soy un José judío ni mis conocimientos alcanzan para mucho, si lo hacen lo suficiente para poder interpretar el sueño que tuve inequívocamente. En la vida de un hombre, en la que has de tener, por ejemplo, tú, José, hay que conocer muchas más cosas que lo que estrictamente el trabajo te exige. Es más, yo diría incluso que, más que el trabajo en sí, un hombre debe saber muchas otras cosas, la historia de su país y las matemáticas, las primeras.

José: ¡Padre!

Hornazón: Así pues, olvida hijo mío todo lo que te he venido diciendo durante estos años y dedícate al estudio con todas tus fuerzas.

José: ¡Querido Padre!

Hornazón: Haz de ti, en la medida que te sea posible, un hombre capaz de pensar por ti mismo y no creas en los embelecos y falsedades que cuentan los que mandan.

Aunque esta parte de la historia posee un carácter milagroso, no es tal el caso con la otra parte, la que se refiere al alcalde Sarmiento. En efecto, a pesar de ser buena como el pan, Rosa compartía con las de su género el defecto de ser algo chismosa y así contó todos estos acontecimientos con pelos y señales a sus comadres y amigas del pueblo. La voz se propagó como la pólvora, como no podía ser de otra forma. Y llegó a los oídos del alcalde.

Sarmiento constató inmediatamente que lo que las gentes decían que le había ocurrido al panadero, era punto por punto lo que él había sufrido *in veritas* en la increíble noche de los fantasmas. Aún así, no dijo nada ni se atrevió siquiera a molestar a su vecino, pero según dicen, no cambió en absoluto su carácter criminal y la acidez de su trato, tan arraigados estaban en su alma la maldad y el desprecio por la vida. Si acaso la terrible noche hizo de él un hombre aún más reservado y aislado. Y es que hombres como Sarmiento no son compatibles con los milagros ni tampoco quisieron los niños y el fantasma salvar al hombre que había asesinado a su adorado Don Fulgencio.

Fue así como los niños aprendieron otra lección y comprobaron cuan dulce es el sabor de la venganza. Aquellas noches fueron apacibles para ellos. Todos durmieron bien, acompañados sucesivamente por el fantasma que cada vez se encontraba mejor, a pesar de que la gripe de aquél invierno era pertinaz y todavía en la mañana de cuarto día se le oyó toser un par de veces.

CAPÍTULO 4

EL PIRATA BARBAHIERRO

El día amaneció radiante y limpio de sol y frío. Las gentes del pueblo, concientes de lo milagroso de su lugar, se dirigían diligentes y alegres a sus quehaceres. Todos se sentían importantes. Fue muy resplandeciente y creativo aquél día. Ya a la caída de la tarde, junto al árbol del granado, los niños charlaban y jugaban alegremente. También ellos estaban satisfechos.

Aún durante los días en los que fue travieso, su fantasmita bueno no había dejado de impartir bondades, beneficios y milagros a diestro y siniestro. Sonriendo un tanto socarronamente se apareció el Zagal algo tarde aquella anochecida. A ojos vista estaba mucho mejor, pero todavía dijo:

Zagal: ¿Con quién jugaremos esta noche?

Juan: Yo tengo seis hermanos, un padre y una madre. Tú aún no los conoces.

Zagal: Son muchos. No los podría controlar a todos.

Tomás: Ellos necesitan jugar.

Zagal: ¡Ay aguas del Aynadamar!

José: Julio el herrero es un buen hombre. Tiene tantos hijos que ha de trabajar muy duro para sacarlos a todos adelante.

Juan: ¿Jugaremos con ellos?

Zagal: Subid los cuatro al granado.

Los cuatro niños se subieron en un santiamén al árbol. Casi en lo más alto se reunieron en conciliábulo con el fantasma, manteniendo una animada charla con él en voz baja. Una charla que, al menos, duró cinco minutos. Luego los cuatro niños bajaron del granado.

Antonio:
Nueve en la casa y mil en el cielo
Abajo los hombres, arriba los sueños.

Zagal: ¿Cómo se llama tu madre?

Juan: María del Ensueño.

Tomás: Y su hijo Juan es el más risueño.

Antonio:
María del Ensueño es mujer gitana
Y sus siete hijos son hijos del alba.

Zagal: Jugaremos con tus padres.

Juan: ¿A qué juego?

Zagal:
Cerca del granado hay
Un tesoro escondido bajo el suelo.

José: ¿Iremos a buscarlo?

Zagal: Para abrir el cofre se necesitará un herrero.

Antonio: ¿Y para contar las monedas?

Zagal: A la madre de los ensueños.

Tomás: ¿Hubo por aquí piratas?

Zagal: El capitán Barbahierro.

Juan: ¡Cuéntanos, Zagal, la historia!

Antonio: Yo la he soñado en invierno.

Zagal:
Los piratas de la mar
Enterraron en el cielo
Ramilletes de coral
Y joyas de agua y viento.

Antonio:
Las nubes eran de sal
Y el aire de los inviernos
Llevaba onzas de azahar
Del Capitán Barbahierro.

Zagal:
Nadie los quiso ayudar.
Los rumies y los vientos
Los expulsaron del mar
Y de las rutas del cielo.

Antonio:
Monjes de la catedral
Al gran moro van diciendo:
Si quisieras navegar
Tendrás que ir, bien es cierto,
A los altos de Alfacar
Donde la sultana ha muerto.

Zagal:
Las aguas de Aynadamar
Van de los montes al cielo.

Juan:
Y por los cielos vinieron
Al aire de nuestro pueblo
Unos piratas mandados
Por el grande Barbahierro

Tomás:
Pirata de lágrimas dulces
Y espada de luz y sueños
Que en la capital del agua
Se le vio flotando muerto.

Zagal:
La acequia de Aynadamar
Se desborda en este huerto.

Antonio:
Riega raíz del granado
Y tumbas de cementerio
Donde duermen los piratas
Que mandaba Barbahierro.

Juan:
Muy cerquita de los cofres
De luz y almas repletos
Que enterraron bajo el árbol
Antes de caerse muertos.

Zagal:
Corrientes de Aynadamar
Que van de un cielo a otro cielo.

José:
Fuente de lágrimas blancas
Que en el yunque de un herrero
Forjan navíos de plata
Las manos del pensamiento.

Zagal:
Las aguas de Aynadamar
Van desde un pueblo a otro pueblo.

Id todos ahora a buscar a los padres de Juan. Yo os esperaré aquí jugando con las ramas.

Y a casa de Juan se fueron los cuatro niños. Pronto volvieron con Julio y María del Ensueño. Él llevaba unas poderosas tijeras de acero de las de abrir viejos candados y ella un frasquito con agüita de espantar los males del alma. Venían diciendo...

Julio: ¿Qué es ese cuento de un fantasma, niños? Fantasmas sólo surgen del hambre y son el hambre.

María del Ensueño: ¿Quién lo ha visto, quién lo ha visto?

Julio: Sólo estaré aquí un momento.

María del Ensueño: Yo, por si acaso, traigo agua de anémonas blancas. Se sabe que curan males del más allá.

En aquél momento se apareció el fantasma. Pero aunque sonreía y su sábana estaba muy limpia, no dejó de asustar a los padres de Juan.

Julio (Desmayándose): ¡Socorro!

María del Ensueño: ¡Bebe Julio, bebe! Que te quitará el mal de almas.

Julio (Después de beber un buen trago): Ya vuelvo. ¿Qué quieres fantasma de nosotros?

Juan: Nos os preocupéis. Tranquilizaos que es el fantasma bueno del Zagal. El que ha obrado los milagros del pueblo.

José: Quiere regalaros algo.

Zagal: Aquí, muy cerca, hay un tesoro enterrado. Encontradlo y será vuestro.

Julio y María del Ensueño: ¡Un tesoro!...

Antonio: ...que enterraron unos piratas hace muchos años.

Tomás: Ellos todos murieron.

Julio: ¿Es esta aparición de fantasma o de un genio de la lámpara?

María del Ensueño: Se ve que de fantasmita bueno.

Zagal:
Dad seis pasos adelante
Luego, diez hacia la luna
Dos giros entonces al sol
Y una cabriola moruna.

Julio: ¿Una cabriola moruna?

Zagal: ¡Una cabriola moruna!

María del Ensueño: Si, julio, como la de los saltimbanquis en rueda de la fortuna.

Zagal:

Cavad la tierra rojiza
Diez minutos y una hora
Y en llegando a su mitad
Encontraréis dos palomas.
La negra la dejáis volar.
La blanca que habla y llora,
Os llevará hasta el tesoro
Señalando con la cola.

Julio: ¿Qué prodigio es este?

María del Ensueño: Hagamos lo que dice.

Entonces se desvaneció el fantasma y, con él, los padres de Juan.

Tomás: Dejémoslos dormir un poco. No están acostumbrados a los efluvios de un fantasma.

Y así hicieron. Los niños hablaron y hablaron imaginando lo que el cofre de los piratas podría contener. Al cabo, Julio y María del Ensueño se despertaron.

María del Ensueño: Vamos, Julio, hagamos lo que indicó el fantasma. No tenemos nada que perder.

Julio: Es que yo...

Antonio: Vamos, vamos

Julio: ¿Y si todo ha sido un sueño?

María del Ensueño: O un ensueño.

Tomás: Yo, que me llamo Tomás, me lo creo.

Juan: Vamos, padres; vamos, vamos

Julio: Vamos pues. Pedidle un pico y una pala al sepulturero.

Tomás: Voy volando.

Entretanto, Julio y María del Ensueño iban contando pasos, giros y cabriolas. Cuando estuvieron ya seguros del lugar donde habrían de cavar ya había vuelto Tomás con las herramientas.

Enseguida empezaron su trabajo, siguiendo al pie de la letra las indicaciones que les había dado el Zagal. Ya estaba la luna en mitad del cielo cuando encontraron las dos palomas. La negra salió volando y se posó en la torre del cementerio. La blanca comenzó una extraña danza en el fondo de hoyo

Paloma blanca:
Voy en busca de las almas
De los diez piratas buenos
Que gobernaban mi barco
En busca de un buen herrero.

Juan: ¡Es el corazón del mar!

José: ¡El capitán Barbahierro!

Paloma blanca:
Si los queréis encontrar
Rasgad la pared de cieno
Que está enfrente de mi pico
Temblando en el lado opuesto.

Julio (Señalando dentro del hoyo): ¡Es aquí!

Zagal (reapareciendo entre las ramas del granado): Buscad el tesoro presto.

Antonio: Mirad la paloma blanca...

Juan: ...volando hacia el cementerio.

María del Ensueño escarbó la tierra con sus manos morenas en las que se reflejaba la luna. Pronto encontró el cofre de los piratas. Entre los dos lo sacaron fuera.

Los niños: ¡Viva el capitán Barbahierro!

Entre todos subieron el pesado cofre. Estaba cerrado con un gran candado y una gruesa cadena. Su exterior era el típico de un cofre pirata. Pero eso era toda la semejanza. En efecto, cuando las expertas manos de Julio ayudadas por las grandes tenazas consiguieron por fin abrir el cofre, encontraron lo que ninguno podía haber siquiera imaginado.

Julio: ¿Qué es esto?

María del Ensueño: ¡Virgencita del Mayor Consuelo!

Zagal: ¡No toquéis nada! Dejad que salgan ellos.

José (Asomándose): ¡Los diez piratas!...

María del Ensueño: ¡Y el Capitán Barbahierro!

Planchaditos en el fondo del cofre estaban, en efecto, los diez piratas y su gran capitán, el famoso Barbahierro. Hinchándose sucesivamente, uno tras otro, todos cobraron vida y volvieron a su figura original, con sus espadas y anchos pantalones de lona blanca. El primero de ellos, un hombretón negro como el carbón, se dirigió a Julio enseñando sus blancos dientes en una sonrisa de bondad luminosa. Dijo:

Pirata 1: Señor herrero tenga la bondad de aceptar esta ráfaga del viento.

El segundo pirata que salió del cofre sólo tenía una pierna. A la otra la reemplazaba una pata de marfil y una graciosa articulación de cuero verde. El pelo negro ensortijado le llegaba a la mitad de su musculosa y morena espalda. Dijo:

Pirata 2: Señora del Ensueño para usted es este suspiro de alondra.

Una figurilla menuda con la cabeza completamente afeitada y grandes aros en las orejas salió después corriendo del cofre. Cuando iba a llegar a la altura de granado se resbaló y cayó de bruces dando un agudo chillido, de forma tan cómica que ninguno de los presentes pudo contener la risa. Se levantó rápidamente y sonrió a todos estirando su boca de conejo. Su torso desnudo y flaco producía reflejos verdosos y sus delgadas piernas apenas tocaban el suelo. Después de saludar con una genuflexión, dijo:

Pirata 3: Señor Julio ahí va una trocito de mi alma.

Era rubio casi albino el árabe que saltó en cuarto lugar de su encierro. Su tupida barba semejava un racimo de uvas maduras y sus ojos, semi cerrados por los reflejos de la luna, miraban sin cesar hacia el este. Un gancho de oro puro reemplazaba su mano derecha. Moviéndose con pompa y fingida elegancia se llegó a donde la mujer estaba. Sonriendo le dijo:

Pirata 4: ¿Me aceptará usted, señora buena, estas fibras de anémona recogidas por un naufragio dos segundos antes de morir ahogado?

El pirata que salió después del cofre era alto y elegante. Sus grandes ojos negros prevalecían en un rostro armonioso y fino. Una gran cicatriz le cruzaba el pecho y llevaba guantes blancos. Al llegar junto a Julio esbozó una leve sonrisa y dijo:

Pirata 5: Mi señor herrero aquí le traigo este poquito de fuego. Es de nuestra última gran batalla con el amanecer.

Los otros cinco piratas de berbería salieron entonces y, sacando sus espadas, rodearon el árbol del granado. Todos eran gigantes árabes zarcos con turbantes de colores y gummies hechas de algas secas. Dijeron:

Cinco piratas árabes:

En vida fuimos la guardia

Del valeroso Zagal

Y después fuimos piratas
Los más valientes del mar.

Los diez se disolvieron entonces lentamente en el aire dejando un fuerte olor a acantilado. Sólo quedaron montoncitos de pétalos y suspiros flotando en la quintaesencia reconocible de su recuerdo. Todos los mortales allí presentes estaban asombrados. Fue entonces cuando, bella y poderosa, emergió la imponente figura de Barbahierro. Su magnífica barba rizada le llegaba a mitad del pecho. Era del color del hierro forjado en tirabuzones. Una magnífica melena azul le dividía la amplia frente que nunca pudo esconder los más tristes y profundos ojos que jamás vieran los mortales. Barbahierro les sonrió levemente y su sonrisa se convirtió en palabras:

Barbahierro: Mis señores amigos del pueblo. Mis niños buenos del valle. Se dijeron de mí tantas cosas...

María del Ensueño: Nunca las creyera señor del aire.

Julio: Siempre fuiste mi ilusión, el símbolo poderoso de la libertad perdida en las escuelas y las salas de oficiales.

Barbahierro: Tantas cosas se dijeron...

Julio: Yo solo soy un humilde herrero que, en secreto, ha forjado coronas y guirnaldas para los que combaten a la vera de los arrecifes. Ven con nosotros a nuestra casa. Allí te cuidará María del Ensueño. Dejarás de estar tan triste y cansado.

Barbahierro: Nunca abandonaré a mis hombres. Yo nada soy sin ellos... Abrazadme ahora, mis buenos amigos, mis amigos buenos.

Barbahierro se disolvió entre los brazos de Julio y María del Ensueño. Sólo dejó un costurero de oro para ella y un yunque de plata para él. Más tarde descubrieron que el costurero estaba lleno de moneditas de oro y que el yunque de plata hacía su trabajo cien veces más rápido que los que él tenía en su herrería.

Cuando miraron en el interior del cofre vieron de nuevo a los once muy serios y planchaditos en el fondo. Pero encima había ahora una gran flor hecha con marfil y piedras preciosas, con avispa de oro y plata.

Zagal: Son para vosotros, señor herrero. Cogedlas. Luego volved a cerrar y a enterrar el cofre donde estaba y tapad el hoyo cuidadosamente. Que nadie pueda sospechar nada.

Así lo hicieron, esta vez ayudados por los niños. Al llegar a la altura de donde salieron las palomas, estas volvieron volando y allí se quedaron finalmente enterradas de nuevo. Una vez finalizada su tarea, dijo el herrero:

Julio: ¿Y qué esta ráfaga de viento?

Zagal: Os llevará donde quieras cuando tú quieras, en un instante, sin más que desearlo.

María del Ensueño: ¿Y este suspiro de alondra?

Zagal: Es para sentir emociones de amor y comprender todas las cosas.

Julio: ¿Y que hago yo con un trocito de alma de pirata?

Zagal: Sentir, si le rezas a Allah, la libertad de todos los vientos en el mar.

Julio: ¿Alá, señor?

Zagal: O es el mismo Dios que el vuestro o ambos ya habrán llegado a algún acuerdo.

María del Ensueño: ¿Y las fibras de anémonas del naufrago?

Zagal: Curan de todo mal a las flores y sus caricias te harán descansar.

Julio: Señor, ¿y este fuego?

Zagal: Es el fuego de los Lares que mantendrá el amor encendido en vuestro hogar. Recoged vuestro gran tesoro, volved a casa y no olvidéis nunca a los piratas del capitán Barbahierro. Nunca sabréis de mi intervención en este recuerdo. Iros ahora todos que yo debo descansar.

En la casa del herrero reinaron desde entonces la felicidad y la alegría. Julio instituyó una fiesta en honor a la libertad, presidida por el yunque de plata, que cada año tal día como aquél que fue el segundo de Noviembre, se celebraba en su humilde casa y a la que acudieron durante muchos años los más valientes del entorno. Con las monedillas de oro que le dio el pirata, María del Ensueño compró algunos muebles de cocina y una gran fuente de agua que instaló en el patio de su casa. Nunca supieron que fue el fantasma del Zagal, cuando estaba con gripe, quien llevó la felicidad a su casa. En realidad, nunca supieron de su existencia.

Y así fue como los niños descubrieron que la felicidad no es sólo una utopía. Que para alcanzarla es preciso dejar en libertad el alma y permitir que los duendes, piratas y fantasmas, y todos los demás hijos fecundos de la imaginación, formen parte de nuestras vidas.

CAPÍTULO 5

LA COFRADÍA DEL GRANADO

Aquella noche la pasaron todos muy relajados y contentos. Especialmente la familia de Julio el herrero. Fuera, fue una noche extraña sin embargo. A pesar de ser otoño, los árboles del pueblo florecieron y se vieron luces fugaces en el cementerio. Luego comenzó una lluvia mansa y luminosa que adelantó la hora del amanecer y confundió a los gallos. Fue la noche en la que el fantasma durmió de nuevo en su casa pues nada quedaba ya de la gripe que lo hizo tan travieso. La mañana lo sorprendió, no dejó nunca de hacerlo, en su eterna lucha con los puntos cardinales y los cuadriláteros que miden la extensión del cielo, llorando por Alarrosa y la Granada perdida. También fue la noche

aquella la primera de los sueños invertidos de Tomás. Cuando ya anochecía al día siguiente, junto a sus amigos y el aparecido, dijo Tomás:

Tomás: Me encontraba con una rosa en la mano antes de que tuviera deseos de cortar la rosa, después de ver gotitas de sangre en mi mano. Si. Ya se que sólo fue un sueño, pero he llegado a la noche por el alba y alcancé la tarde a través de las pesadillas de la noche.

Juan: Es sólo un sueño, Tomás.

José: Sólo el desasosiego de una noche febril.

Antonio: El ayer será mañana en el remolino de las noches invertidas.

Tomás: Pero es muy fatigosa y espesa la sustancia que forma el aire de estos sueños.

Zagal (apareciendo):
Stephen, Félix, Kip

Tomás: ¿Quién?...

Zagal:
Kip, Félix, Stephen

Juan: ¿Quiénes?...

Zagal:
Los de las fórmulas azules
Que después vendrán.
Hijos de la relatividad
De los tiempos redondos.

José: ¿De los tiempos redondos?...

Zagal:
Que no saben madrugar.
Antonio, Juan, José , Tomás
Que no saben ni quieren esperar.

Juan:
Los tiempos redondos del Zagal.

Tomás:
Imaginar es recordar

José:
Subir es bajar

Antonio:
Morir, resucitar

Zagal:
¿Dónde está el sueño
Que viene y va con el viento?
Cuando mueran los abuelos
Será el manantial del tiempo.

Antonio:
Una vida en blanco y negro
Acaba cuando nacemos.
Y una vida de colores
Comienza en el cementerio.

Zagal:
Stephen, Félix, Kip
fórmulas azules escribid.
Que no se las lleven las lluvias
Que deshojan las rosas del jardín
De las furias. Pensad, predecid
Félix, Stephen, Kip.

Juan: ¿Quién hablará aquí con palabras que se entiendan?

Antonio: Es la angustia que nos sobreviene al despertar

Tomás: La incertidumbre que nos asola en la siesta

José: Es el fracaso inaudito de la causalidad.

Tomás: ¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué nos invade la angustia?

Zagal: Es el desasosiego que produce en los seres humanos un leve roce con la verdad última de las cosas.

Juan: ¿Cómo se viaja por el tiempo?

Zagal: Con una comadrona o un sepulturero.

Tomás: ¿Y con los sueños?

Zagal: También se viaja con los sueños.

Antonio: Y con los mejores versos

Juan: ¿Y hasta dónde?

Zagal: Hacia atrás, hasta ser testigo del nacimiento de lo que creó el universo. Hacia delante, hasta ver el aburrimiento de los cielos.

José:
Stephen, Félix, Kip.

De la historia hacednos salir
Antonio, Juan y Tomás
A la vida hacednos tornar.

Tomás:
Félix, Kip, Stephen
Homínidos que aún viven
José, Antonio y Juan
Ángeles que volverán.

Juan: Vamos amigos. Descansemos. Esta mística es agotadora.

Tomás: Es cierto. Descansemos y escuchemos al Zagal que tiene algo que decirnos.

Zagal: Cuando pasen los mil años aún estarán los hombres sobre la tierra, el cielo estará limpio de vapores venenosos y surcado por pájaros y cigüeñas sobre campos amarillos repletos de espigas, flores y girasoles. No habrá ni una brizna de césped. Los seres serán hieráticos, bellos y silenciosos y no quedará ni rastro de fascismo en el abismo del futuro. Todos hablarán un idioma dulce derivado del Mediterraneo y en los museos se exhibirán calaveras sorprendidas en los gestos violentos de las lenguas bárbaras anglosajonas. Máquinas invisibles harán todos los trabajos que no se desean y los niños dispondrán de una tecnología artística para desarrollar todos los aspectos de sus vidas y cubrir todas sus necesidades. Así será el mundo cuando pasen los mil años. Pero habrá otros muchos mundos fuera de la tierra, colonizados y poblados por esta nueva versión del hombre.

José: ¿Y qué será de Al-Ándalus?

Zagal: La cabeza de la tecnología artística estará en la Madre África que se extenderá hasta los confines del gran desfiladero por el norte.

Tomás: ¿Y de nosotros?

Zagal:
Habrá una fecha con nombre y con fetiche.
Habrá enseguida un olvido.
Una donación de horas quietas al polvo.
Os llamarán muertos.
Pero sólo esteréis muertos algunos años.
La nada luego.
La calma del verano será estéril.

Antonio: ¿Eres tú Zagal como una nave que viaja por el tiempo? ¿Podrías llevarnos en un viaje?

Zagal: Si soy pero las leyes que gobiernan la naturaleza os prohíben todavía estos viajes a vosotros. Por ahora sólo podéis intuir el futuro o imaginar el pasado a través de las artes y los sueños.

Fue así como los niños supieron que las mazmorras del tiempo eran su mayor enemigo. Un enemigo altivo e incansable; casi invencible. Se dispusieron a vivir cerca de los ventanucos de sus celdas, las que dan a los sueños, la imaginación y la poesía, prestos a escapar por ellas a la menor oportunidad, siempre mirando a su través. Aquella noche fue inconcreta e inestable. A las cinco de la mañana se produjo un temblor de tierra. Todos se despertaron en medio de la oscuridad de un desierto del pasado remoto. La noche continuó luego más tranquila y los niños, rendidos de cansancio, durmieron profundamente hasta que los despertó el alba del futuro.

Tomás se sintió muy sólo durante aquella triste mañana de la escuela. Ya habían cumplido todos los dieciséis años y Tomás estaba muy alto. Un bigote incipiente de pelusas rubicundas insinuaba ya los signos inequívocos de la pubertad. Sintió un mareo durante el recreo y se sentó en el banco de piedra del patio. Sus amigos, muy preocupados, lo llevaron al dispensario del médico del pueblo. Llegó ya vomitando.

Don Evaristo era el nuevo médico. Sólo llevaba pocos meses cuidando de la salud de las gentes del pueblo y se desvivía en su trabajo. Muy diferente de lo que hubiera hecho su antecesor, Don Alfonso, un vividor al que le importaban un pimiento sus pacientes, Evaristo examinó con todo cuidado y amor al muchacho. Luego le dio una cucharada de jarabe y un vaso de leche caliente. Tomás se puso mejor aunque de vez en cuando se le iba un poco la cabeza por la fiebre. Los análisis revelaron al otro día que Tomás tenía un principio de tuberculosis. Se curaría en pocas semanas pero tenía que guardar cama y aceptar la dosis intensiva de antibióticos que le recetó Don Evaristo.

Las noticias tranquilizaron a Juan, José y Antonio pero pusieron en fuga al fantasma del Zagal que se fue a vivir de inmediato a la copa de un limonero que había en el patio de la casa de Tomás para velar en silencio su sueño y sus fatigas. No se le apareció a nadie de la familia durante las tres semanas que allí estuvo pero pudo escuchar todo lo que decían de la enfermedad de Tomás, y por las noches, cuando todos dormían, se sentaba en la butaca de la habitación del enfermo vigilando cada latido de su corazón y hálito de vida. Llegó incluso a darle agua las noches de mayor fiebre.

La cofradía del granado perdió dos miembros aquellas tres semanas. Pero no permaneció inactiva. Hablaron de la indisolubilidad del cuerpo y el espíritu, de las bacterias y virus, de la fiebre. Discutieron y leyeron tanto sobre los orígenes de la enfermedad que casi salieron de aquella etapa como médicos y biólogos expertos. Aquél leve acercamiento a la muerte situó a los muchachos en mejores condiciones para la compasión y el amor y relegó momentáneamente su interés por el pasado y el futuro de la naturaleza última de las cosas. Tan receptivo a los sentimientos estaba José que se enamoró perdidamente justo el décimo día de ausencias.

Fue en la panadería de su padre donde vio por primera vez con otros ojos a Azucena, la hija del farmacéutico. Tendría también unos quince años aquella muchachita delgada y rubia de las trenzas. Había ido a por el pan y a ver si podía encontrarse con José del que, en estricto secreto, estaba perdidamente enamorada desde antes de que le atribuyeran el uso de razón. Hasta aquél día, José no había reparado en ella y lo hizo tan manifiestamente y con tal embeleco aquél día que le dio barra por hogaza y diez por cuatro pesetas en las vueltas. Ella a su vez le sonrió con tanta candidez y brillo en la mirada que José no tuvo por menos que tropezar con una banqueta de panadero, cayendo al suelo rojo como un tomate de zumo.

Quedaron para el verse al otro día que era sábado. Ella tenía que estudiar y no podría salir hasta después de las nueve, en plena hora de reuniones bajo el granado. Así pues, aquél día la cofradía sólo reunió a dos de sus miembros al inicio. Más sólo durante la hora que necesitaron José y Azucena para declararse sus sentidos amores de por vida. Por ello, la reunión de aquél día terminó siendo de cuatro. El nuevo miembro añadió aún más alegría a las noticias sobre Tomás del que se supo que estaba ya casi restablecido y muy contento.

Azucena: ¿Podré venir a reunirme con vosotros?

Juan: Nosotros cuatro estaremos encantados, más no sabemos qué dirá el fantasma del Zagal.

Antonio: Creo que volverá pronto a su casa del granado y Tomás también volverá pronto. Veremos entonces lo que dicen.

José: Azucena hará que nuestras conversaciones vayan más directas aún a la médula de la verdad. Además de ser muy lista es la niña más buena del mundo. Entretanto, yo le enseñaré todo lo que nosotros hemos aprendido a la vera del granado.

Juan: Esperemos al Zagal.

Antonio: No creo que tarden.

Tuvieron que esperar aún un día más para recuperar la normalidad. Azucena lo pasó muy nerviosa pues no las tenía todas consigo. Pensaba que el Zagal, después de todo, era un fantasma arábico y podría tener por ello ciertas prevenciones ante la posibilidad de añadir un miembro femenino a su cofradía. A pesar de ello recibió con entusiasmo las enseñanzas de José, quiere decirse durante los ratos que les dejaban las naturales prácticas amorosas que la novedad de su relación requerían.

Cuando llegaron los cuatro al granado acompañados de Azucena ya el Zagal los estaba esperando. Nunca lo habían visto más contento. Ni más cariñoso. Dijo:

Zagal: ¡Ya sois los cinco que debían ser! Hablemos hoy de las cosas sencillas que se dicen de los grandes amores. Amores como los que habrán de sentir José y Azucena, de la naturaleza pura y de la ternura. Como los que sentimos Alarrosa y yo por los adarves y sendas de Granada. Amores ya para siempre.

Azucena: ¡Qué bueno eres fantasma! ¡Qué bien has comprendido todas mis inquietudes!

Zagal: Forman parte de las leyendas tendenciosas. Nunca hubieron de haber hombres que estimaran más a la mujer que mis hermanos. ¿Cómo podría yo sino amar a Alarrosa como la amo? ¿Cómo entregarme a su cuerpo e inteligencia como lo hago? ¿Cómo, vivo o muerto, soñarla cada día y cada noche?...

Tomás: Dicen mis padres que estoy muy alto. Que he crecido mucho durante mi enfermedad...

Antonio: También has adelgazado bastante.

Tomás: A lo que voy es que en las noches de mayor fiebre, cuando deliraba y el Zagal me daba a beber sorbos de agua, yo notaba como mis huesos se estiraban. Y al hacerlo yo sentía que todo mi cuerpo se erguía y trataba de asomarse por encima de las murallas y los altos trigales de la fiebre, en busca de un rostro inconcreto, inaprensible que me sonreía levemente. Era un combate indeciso entre la fiebre y las promesas amorosas. Creo, amigos míos, que he crecido de pura preparación al amor.

José: A mí, sin embargo, me ha llegado este gran amor que ahora siento vibrando en los pequeños fuegos encendidos y espigas ocultas por el sol incomparable de nuestra bendita tierra. ¡Ay mi Azucena amarilla con calcetines de plata!

La niña bajó los ojos y trató de ocultar la sonrisa de su rostro encendido bajo el cuello del abrigo. Todos se rieron en silencio.

Juan: ¿Cuál ha sido el amor más hermoso de la historia?

Zagal: Unos dicen que el de Calixto y Melibea, otros que el de Juana la Loca por Felipe o el de Don Quijote por Dulcinea, hay quien mantiene que el de los suicidas de la Peña de los Enamorados y aún algunos que el del Zagal y Alarrosa,...

Azucena: Ya Juan me ha contado vuestra historia. Pero yo creo que no ha habido amor más puro, profundo, hermoso e inocente que el que se tuvieron el Amado y la Amada por las majadas del otero.

Antonio: ¿El que describió el fraile Juan?

Azucena: El mismo amor de amores.

José: Parece extraño que en esta tertulia española nadie haya traído como ejemplo supremo del más grande de los amores a los que se tuvieron Romeo y Julieta. Más, teniendo en cuenta lo gustosos que somos en nuestro país por lo que otros nos ofrecen como bueno, siendo así que siempre olvidamos o incluso vilipendiamos lo que nosotros tenemos de excelso y más profundo.

José: Más parece capricho y liviandad que verdadero amor lo que sintieron estos jóvenes veroneses. Es un amor de pájaros equivocados, amaneceres ficticios y versos incorrectos. Satisface desde luego el gusto por la muerte violenta y la sangre que los bárbaros siempre andan buscando, pero de ninguna manera dan la talla que esta cofradía pagana exige.

Tomás: Cofradía que con esto deja de considerar a Romeo y Julieta como aspirantes verdaderos al trono del amor.

Zagal: Los candidatos de Azucena darían ciertamente el mejor ejemplo de amor sino fuera porque existieron Uisa y Hassan, también llamados Luisa y Sergio o Laila y Hamed o Pablo y María, o ... Esas pequeñas criaturas que no aparecen en los libros y que nadie conoce pero que a lo largo de los siglos dedicaron toda su vida, su pensamiento y trabajo por la persona a la que habían unido su destino. Seguramente no

escribieron ni un solo verso de amor pero entregaron al ser amado hasta el último de sus alientos.

Antonio: No existe mejor poema de amor ni más creíble y profundo que el que ellos escribieron con su vida.

Juan: Es la historia de nuestros padres también.

José: Ellos pudieran no haber escrito ni un solo poema de amor pero dedicado a todos ellos bien pudiéramos nosotros escribirlo. O al menos decirlo a los cuatro vientos de las eras para que la increíble belleza de su amor y sacrificio tenga también su poesía impresa en la cultura del aire, de la que todos nos nutrimos y ellos también beberían.

Tomás: Esa fiebre inconcreta de los tiempos redondos haría justicia una vez más llevando nuestros versos a través del tiempo y el espacio; y todos ellos, tirios y troyanos, no importa quiénes, cuándo ni dónde, se reconocerían y confortarían en nuestro homenaje.

Antonio:

En medio del vicio y la pobreza
Asolado por el hambre y la agonía
De existir sin razón siquiera
Vas surgiendo cada día
Cual brote de primavera
Amor de luz y alegría.

Amor poderosa fuerza
Luz que nos da la vida
Ansia que la vida alegra.

Azucena:

Amor de luz y alegría
Punta de flechas aviesas
Eternal melancolía.
Peleando fieras guerras
Vas de una vida a otra vida
Por chozas y sementeras.

Amor poderosa fuerza
Luz que nos da la vida
Ansia que la vida alegra.

José:

Caliente naturaleza
Luminaria de la vida
Fruto mejor de la tierra
Pleamar de agua divina.

Tomás:

Ni Romeos ni Julieta,

Calixtos ni Melibeas,
Quijotes o Dulcineas
Ni la vulnerada cierva
Hacen el mejor amor.

Juan:
Que amor nace de la tierra.
Y cuando a la tierra vuelva
El amor de nuestros hijos
Lo volverá de la tierra.

Zagal:
Amor poderosa fuerza
Luz que nos da la vida
Ansia que la vida alegre.

Esperemos ahora que nuestras palabras por el aire envuelvan la tierra y hagan justicia a los cementerios, removiendo la fosa común del tiempo y el olvido.

No hubo más aquél día. Todos volvieron después a sus casas con una gran nostalgia por los seres anónimos y olvidados. Fue así como los niños descubrieron el amor verdadero y a sus parientes muy cercanos, la abnegación y el sacrificio. Azucena y José llevaban el contento de la integración de la niña en la cofradía del granado junto a la tristeza que todos se llevaron. Aquella resultó ser una noche larga de sueños olvidadizos y tristes, sin reparador descanso, presidida por la sonrisa hermosa de Don Fulgencio. Una noche preludio de muchos días fecundos en la universidad increíble del granado. Azucena si recordó sus sueños al otro día. Ya frente al granado, dijo:

Azucena: Iba yo por un sendero estrecho al borde de un acantilado sobre el mar contando lapas y perlas. José, abajo sobre una roca, recitaba su lección de geografía, entre chapuzón y chapuzón en el agua verde del océano. El cielo era de un azul muy intenso y olía a marisco podrido. Ya iba cayendo la tarde. De pronto, José comenzó a gesticular y parecía querer advertirme de algún peligro.

José: ¿Qué era?

Antonio: Déjala proseguir que el recuerdo de los sueños es muy frágil y con muy poco se desvanece de la memoria.

Juan: Si. Que los sueños son como la vida.

Azucena: José agitaba los brazos desesperadamente sin dejar por ello de recitar a grandes voces la longitud y caudal de los ríos africanos cuyos nombres pronunciaba en su idioma original. Miré hacia atrás. A pocos pasos se precipitaba hacia mí una enorme bestia cuya naturaleza no pude identificar pero que parecía ser mitad endriago mitad ser mitológico. Traté de escapar pero el sendero se hacía cada vez más estrecho y me ví perdida sin remedio.

Tomás: ¡Pobre Azucena!

José: Y mejor si esta interrupción te borra la pesadilla.

Azucena: No. Pues el pensamiento de tener que elegir entre morir entre las garras de la bestia o despeñada al fondo de las rocas me dio una gran serenidad. Todo se fue congelando: los movimientos de la bestia, los espavientos de José y hasta el fluir de los ríos de África. Enseguida toda la naturaleza quedó suspendida e inmóvil en una imagen en blanco y negro congelada, mientras yo decidía arrojarme al abismo. En el aire quedé yo suspendida también. Y desde el aire ví. Ví como las aves del acantilado se arrullaban, la forma delicada con la que en el fondo del mar los peces se amaban y en las selvas del sur las fieras se comportaban con ternura y sensibilidad. Hasta mí llegó José y en el aire también nosotros nos amamos imitando a los animales y a los árboles. En completa quietud y silencio.

Tomás: Se dice que los tiburones y los grandes felinos son enemigos del hombre. Que son terribles carnívoros. Así al menos nos lo cuentan aquellos que han diezmado las selvas y sabanas de África y están dejando en silencio los abismos del mar. ¿Quieres decir, amiga Azucena, que los animales han de servirnos como ejemplo?

Zagal: Ellos confiarían en nosotros para que conociéramos la naturaleza, no a través de su gran sabiduría sino empleando nuestras capacidades. Fuera de eso, los animales nos dan lecciones de vida, tolerancia y respeto, e incluso de geografía e historia con sus signos, silencios y miradas.

Azucena: Mi sueño trascendió la vida animal y también la de los hombres. Se convirtió en una colección de estampas amarillentas y antiguas que no he llegado a entender.

Zagal: No hay nada en la realidad última de las cosas que el ser humano pueda entender. Sencillamente, tu sueño ha descubierto una parte de dicha realidad ininteligible.

José: Yo he leído que las últimas teorías de la naturaleza, la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad, nos dispensan con la siguiente admonición: No confiéis en absoluto en lo que veis, oís o tocáis pues es engañoso. Sólo el pensamiento y posiblemente el instinto de los animales conduce a la verdad.

Juan: ¿Y cómo explican estas teorías el que nuestros amigos se quedaran suspendidos en el aire?

Zagal: Estas no son las últimas teorías. Otras aún más extrañas vendrán que nos librarán del tiempo y permitirán explicar estos fenómenos. Y también del espacio y la materia nos irán librando los nuevos conocimientos.

Antonio: Nada quedaría entonces.

Zagal: ¿Te parece que yo no existo, mi querido poeta?

Azucena: ¿De qué podemos estar entonces seguros? ¿Habremos de renunciar a conocer lo más esencial de la naturaleza?

Zagal: Lo más esencial de la creación es el amor, la ética y la belleza, no la constitución y comportamiento de las cosas ni las leyes físicas que las rigen. El amor es más real y verdadero que toda la materia y su organización aparente.

Juan: ¿Y cómo terminó tu sueño?

Azucena: Cuando ya nos empezaban a estorbar nuestros cuerpos, mi madre abrió la ventana de mi cuarto. Al despertarme me pareció que en verdad me estaba despeñando.

Juan: Muchas gracias por contárnoslo, Azucena.

José: ¿Son las fórmulas matemáticas de verdad de color azul?

Tomás: Si. Porque son frías.

Antonio: Si. Porque nunca son verdaderas.

Juan: Si. Porque son el refugio de los corazones pequeños.

Zagal: Si. Porque, a veces, son como el cielo.

Fue así como los niños dieron un paso más en su camino hacia la muerte aceptada, librándose de la tiranía de las ecuaciones y las reglas que, de una manera u otra, siempre terminan generando sufrimiento y cenizas. Volvieron pensativos a sus casas. Cierto es que José y Azucena pagaban su tributo al amor cada vez que podían. Expectantes ante la incertidumbre de la noche y el misterioso sueño, iban hacia sus casas, conscientes del abanico inmenso de posibilidades que se abría ante sus frentes, muy agradecidos a la vida. Cuando se encerró en su habitación destartalada, Antonio no podía quitarse una frase de la cabeza: “¿Por qué nosotros?”, hasta que se quedó dormido. Y soñó con un viaje a través de los planetas y las estrellas junto al Zagal. Toda la noche estuvieron los dos contando astros.

Lo despertó el canto del gallo a las siete en punto de una mañana sucia y depresiva. Ya no quedaban más astros que contar. Entonces su pregunta se hizo más angustiada y acuciante todavía. Gritando casi se asomó a la ventana: “¿¿Por qué nosotros?!... Si el cosmos es limitado y sólo puede contener un número finito de vidas, ¿qué nos eligió?, ¿qué tenemos nosotros de especial?”

Anduvo toda la mañana retraído. Apenas si habló con sus amigos y no prestó la menor atención a las explicaciones del maestro. Al salir de la escuela, se marchó rápido a casa y se encerró enseguida en su cuarto. No podía creer lo que su mente había descubierto. Al rato, salió al patio y, junto a la ventana de su cuarto, fue asaltado por una angustia existencial y fría que le arrancó lágrimas de dolor y lo desubicó de su tiempo y sus amores. Entonces se llegó hasta él su querido gato. Antonio lo abrazó y le dijo: ¿Qué nos ha elegido a ti y a mí si no existe razón alguna que justifique nuestra existencia, si la nada es la percepción más lógica, si la propia existencia del universo es absurda?

Dormido, abrazado a su gatito, lo encontraron sus padres adoptivos, muy lejano de la influencia de las religiones, cuando ya era casi hora de cofradías. Aún así, tuvo todavía tiempo de encerrarse en su cuarto y escribir casi de corrido el siguiente poema de dolor:

Antonio:

Ay de la vida, mi vida
Afán roto, causa huida.

(¿Quién sabe de donde viene?)

Ay de mi casa y mi nombre
Vorágine de los hombres.

(¿Quién sabe donde me hieren?)

Ay del acribillado padre
Desvanecido en el aire.

(¿Quién sabe lo que ahora siente?)

Ay del Sol y las estrellas
Todas perdidas y yertas.

(¿Quién sabe lo que ahora son?)

Sin causa, sin corazón
Paso a paso, alma muerta
En busca de una razón
Me he diluido en la tierra.

Impresionó mucho este poema a los componentes de la cofradía, incluido el fantasma del Zagal. Todos respetaron y compartieron el dolor de Antonio aquél anochecer de siluetas sigilosas, ya casi fantasmales. Y todos sintieron que comprender era darse cuenta que no es posible comprender. Fue la noche del gallo de epifanía aquella en la que los niños estuvieron más cerca de la locura. Mientras cantaba el gallo, el Zagal sonrió satisfecho. Sintió el Zagal que ahora estaba más cerca de Alarrosa.

CAPÍTULO 7

EL VIAJE A GRANADA

A aquella noche de epifanía le siguieron aún muchos atardeceres fecundos a la vera del granado. Ya se habían convertido los niños en mocitos y sus mentes en un hervidero de bondades y amores cultos. La semilla de Don Fulgencio había germinado finalmente de forma espectacular reconducida por las inspiraciones y genialidades del fantasma arábigo. Cinco jóvenes renacentistas habían florecido milagrosamente en la España de Franco y los obispos.

José se había convertido en un atractivo muchacho cuyos azules ojos expresaban claramente el talento singular que atesoraba. Era tan inteligente, tan cariñoso y bueno que se lo hubieran disputado todas las muchachas del pueblo a no ser porque él ya había

entregado su corazón a Azucena para siempre. Y todos en el pueblo lo sabían. A Rosa, su madre, se la habían llevado los fríos del último invierno, incapaces sus castigados pulmones de respirar los diminutos témpanos en los que se convirtió el aire. Azucena cuidó desde entonces del bueno de Hornazón como si fuera su propio padre. Ambos solían pasear por las márgenes del río ya casi envueltos en un hálito inmaterial de amores y promesas.

Juan continuó desarrollando su alegría y valor con los años juveniles. Era tan bueno y generoso que incluso despertaba recelos en los demás jóvenes, tal era la ingenuidad y talento del muchacho. Pero lo que siempre destacó más en Juan fue su valentía. Asentada en la cultura del granado, era de ver hasta que punto llegó a ser fecunda la valentía del hijo del herrero. Fecunda y hermosa. Se cuentan pocos ejemplos tan elocuentes de cómo el verdadero valor y la inteligencia siempre van unidos a la más pura y bondadosa ingenuidad. Verdadera obra de Fulgencio y el Zagal germinada en la buena tierra de su estirpe guardó siempre Juan una admirable lealtad por sus mentores y orígenes.

El larguirucho Tomás fue sin duda el más experto en el tránsito espiritual y en distinguir las virtudes curativas de los camposantos. Herencia pura de su magnífico padre. Fuera de esto, Tomás era muy inteligente y, como todos sus amigos, tan bondadoso que los hubo en el pueblo que tuvieron de él barruntos de santidad. También era Tomás el más guapo de todos los amigos. Siempre conservó el mismo color castaño de su pelo y la sonrisa misteriosa de cuando niño. El Zagal lo distinguió siempre como a un hijo y se llegó a comentar que durante un tiempo despertó ciertos celos benignos y más bien teóricos en los mentideros de la cofradía. Poca cosa fue aquello sin embargo en la vorágine de amores y lealtades de la vera del granado.

En el erial infecundo de aquella España ramplona y atemorizada, Antonio llegó a ser sin ninguna duda el mejor poeta del país. Siendo aún muy joven se le llenaron los rizos de hilachas blancas. Dicen que el célebre grupo musical The Beatles copió de Antonio el corte de pelo y que nuestro poeta poseía la sensibilidad más exacerbada y fértil que hubieran conocido en la región. Se casó siendo aún muy joven con una hermosísima bailarina parálitica a la que amó de por vida, dedicándole los más encendidos versos de amor que se recuerdan por el orbe del granado, sobre todo una vez que ella murió de unas fiebres de ilusión a los pocos años de aquellos encendidos amores. Antonio nunca la abandonó ni a ella ni a sus amigos.

Los cinco amigos eran ya como uno solo y habían desarrollado sus mentes hasta tal punto que sus juicios y sentires eran cada vez más parecidos a los de su buen fantasma del granado. Cuando los seis ya casi se confundían en un solo ser libre de cualquier preconcepción o regla nemotécnica fue cuando se pudieron particularizar aquellos ejemplos que mucha gente, la mayoría con más miedo que comprensión, difundía y comentaba por la región entera en la que se ubicaba su pueblo. Ejemplos tales como: Dios no existe, el régimen de Franco se constituye bajo las premisas del fascismo más criminal e inculto, los sistemas políticos vigentes en los demás países llamados democráticos, sin ser tan espantosos, no eran en el fondo sino una forma encubierta bien organizada de explotación del ser humano, el fenómeno femenino era muy atractivo y estaba por abrirse paso hacia un futuro lleno de incertidumbres, las habilidades del alma nada tienen que ver con la religión sino con la poesía, el arte y la vertiente espiritual del ser

humano, ya casi perdida por la erosión de la barbarie, no existe nada tan respetable, necesitado de cuidados y hermoso como la naturaleza, etc, etc.

Hubo algún integrante de la cofradía que llegó a plantear a sus compañeros si esta no se había convertido en realidad en una autentica masonería. Tal cosa hubiese implicado un enfrentamiento directo con el régimen franquista y la conferencia episcopal si alguno de sus contenidos u opiniones se hubieran filtrado hasta el alcalde del pueblo. Necesitaron de tres reuniones completas para cerrar el debate. La vertiente espiritual de todas sus creencias implicaba fuera de toda duda que su cofradía iba mucho más allá de cualquier logia masónica y, si no hubiera sido por la estupidez y cerrazón intrínsecas del Movimiento, aquellos impenitentes fascistas se hubieran percatado fácilmente que la cultura del granado representaba en realidad el peligro mayor para el sistema.

Aquello pasó sin más huella sin embargo. Como ocurrió también con ciertos intentos por parte de un avisado Don Cosme de integrarse en la cofradía, rechazados de plano por el pleno de ésta, y con la voluntad reiterada de otros entes espirituales por asistir a las reuniones. En particular, les costó mucho a los cofrades evitar la asistencia a sus reuniones (que llegaron a ser muy famosas en los ámbitos espirituales del orbe) de los demás fantasmas y ánimas en pena y gloriosas que poblaban el pueblo. Tuvieron que recurrir para ello a ciertas prácticas mágicas que el Zagal había aprendido de Alarrosa.

Sin embargo, la presión ejercida por el coriáceo fantasma de un limonero cercano hizo necesario el concurso de procedimientos especiales que hizo peligrar el carácter clandestino de la cofradía del granado. El fantasma del limonero era realmente un fantasma con moquero de buen carácter y magníficas intenciones, pero que había heredado los peores hábitos del mendigo que lo engendró en lo que se refiere a la limpieza y cuidado de sus zapatos, uñas y atuendo. El problema era que su sábana tenía tantos remiendos y manchas y sus uñas estaban tan ennegrecidas que se hacía muy difícil que pasara desapercibido, haciéndose visible a cualquiera. Hubo que recurrir a la sabiduría en artes ocultas de María del Ensueño, la benévola madre de Juan, quien buscó en su libro de los hongos maravillosos y dio con un antídoto para el caso compuesto por una infusión a fuego helado de pétalos amarillos de flores mágicas del dios azteca Xochipilli y agua de la fuente de Aynadamar. Este mejunje ahuyentaría sin retorno al bueno pero escandaloso fantasma del limonero y crearía ambiente propicio al del granado.

El problema era que en el pueblo no existían los ingredientes para fabricar el antídoto. Hubo que pedirlos a Ciudad de Méjico y Alfacar y, durante los días que tardaron en traerlos, los cofrades tuvieron que admitir al fantasma del limonero en sus reuniones, con el consiguiente peligro de intromisión y de que fueran descubiertos, si ya no fuera por las sospechas que su demanda había despertado en María del Ensueño. Pero ni siquiera la desbordada imaginación de la madre de Juan pudo dar con la tecla de lo que estaba pasando y, de esta forma, al cabo de once días, pudieron espantar al intruso.

Pero no lo hicieron con alegría ya que el fantasma del limonero era de natural afable y bondadoso y, decía Tomás, hubiera podido contribuir también en sus avances debido a sus grandes conocimientos en física y matemáticas, así como por poseer una gran inteligencia especulativa. Todos estuvieron de acuerdo, sin embargo, en que su presencia era muy peligrosa y le despidieron con aliviada tristeza.

Aquella noche la pasaron los muchachos rumiando un no se qué de mala conciencia y nostalgia. El sueño sólo llegó a ellos a las seis de la mañana, a todos a la vez. A esa hora, se levantó Julio asombrado por una pesadilla que había tenido en la que le robaban el yunque de Barbahierro. Precisamente a la hora en que a Locuaz y Silencio se les formó un nudo en la garganta por no se qué visión que tuvieron de una laguna congelada donde se hundían los sueños para siempre. La hora en la que, desde la mañana de las blasfemias, se levantaba cada día el párroco a por sus oraciones de maitines. Esa mañana sin embargo se quedó dormido Cosme. Fueron noche y amanecer muy extraños las que precedieron a aquél sábado de Mayo, en el que los muchachos durmieron hasta bien entrado el mediodía.

La cofradía que se reunió el siguiente anochecer apareció muy seria y circunspecta. Por asociación de ideas, los muchachos tuvieron un recuerdo de Antonio Machado, sobre todo en sus tiempos de Baeza y sus días postreros en el sur de Francia. Se hicieron juegos florales en homenaje del gran poeta sevillano de los que han quedado sólo algunas estrofas incompletas. Tales como esta, probablemente compuesta por Juan,

“Olivaritos que vieron a Machado
No dieron ya más cosecha de aceituna.
Ni Santa María Virgen de los pájaros
Volvió a dar de beber a la lechuza.”

pues la encontró su madre en un bolsillo de su camisa, o esta otra de José

“Al fondo de la rebotica
Habló un día y calló otro
Y se fue por los caminos
De los olivos y olmos.”

salvada del fuego muchos años después por un nieto nostálgico. Y aún esta otra atribuida a Antonio,

A las alamedas
Se fue la lechuza
Reina de Baeza.
La vieron volar
Allá por la vega
En busca del mar.
Y antes de llegar
Cayó sobre tierra.
No la vieron más
Después de la guerra.

Nadie sabe de seguro la autoría de estos tristísimos versos; ni siquiera si fueron escritos por un autor del granado. Estos últimos fueron encontrados en un registro efectuado en la casa de unos gitanos de Port Bou algunos años después del cambio de siglo, junto con algunas fotografías de una bellísima bailarina paralítica y ciertos instrumentos de navegar por el tiempo. Lo que sí se da por seguro es que la celebración en honor de Machado permitió al fantasma del Zagal disfrutar de las filantropías de la vida y obra del poeta de los caminos, al que de antes no conocía.

Los avatares de la cofradía del granado y los vaivenes de las noches continuaron aún durante algún tiempo, al cabo del cual los muchachos y el fantasma vieron llegado el momento para el que habían estado preparándose durante muchos años. Ya era tiempo. Con todo el entusiasmo, amor e ilusión los cinco amigos se dispusieron a organizar su viaje a la Vega de Granada en busca de Alarrosa. Sin embargo, enseguida se enfrentaron con un problema que durante muchos días pareció irresoluble.

¿Cómo podrían desplazarse hasta Granada los cinco muchachos sin levantar sospechas? El Zagal no era problema dada su naturaleza incorpórea, pero los cinco vivientes estaban dotados de un cuerpo bien ostensible y, por demás, atractivo. No sólo sus familias, sino todos en la escuela y en el pueblo notarían su ausencia. Lo peor vendría del malvado alcalde, quien de inmediato pondría el caso en conocimiento de las autoridades fascistas, tanto en la provincia como en Madrid, así como de la familia de Azucena que inmediatamente pondría el grito en el cielo denunciando el secuestro de su hija.

Y no podría valer una mentira, como que iban en viaje de turismo o para estudiar las huellas que habían dejado los sarracenos en Granada, ya que en el primer caso Azucena no podría ir sola con su novio y menos con cuatro amigos y, en el segundo, nadie comprendería un viaje de estudios sin el acompañamiento de, al menos, el inefable señor Aldegunde. No. No era posible la mentira.

Durante semanas no se consideró otra cosa en las reuniones del granado. Pero nadie dio con una solución suficientemente segura a su gran problema. Estaban ya muy preocupados, algunos al borde mismo del colapso, cuando un acontecimiento inesperado vino a dar con la solución adecuada. En efecto, a la reunión de la cofradía correspondiente al día primero de Agosto de aquél año que fue bisiesto, conmemoración en retrospecto de celebradas bodas, se presentó de nuevo de forma inesperada el fantasma del limonero.

Sus avanzados conocimientos científicos habían dado finalmente con un antídoto para el espantajo mágico preparado por María del Ensueño. Fue lo que pensaron todos. Llegó sonriendo bondadosamente mientras explicaba que en vida, antes que nada, él había sido poeta y algo alquimista y soñador. Parecía otro tal iba de limpio y perfumado el del limonero y, aunque apeló a no se sabe qué combinación misteriosa de aceites esenciales y nuevos productos sintetizados al alba de primavera, nadie tuvo esto por seguro sino que más bien creyeron todos que su remedio simplemente consistió en haberse lavado y acicalado como Dios manda, que el aseo hace de los hombres e incluso de los fantasmas más de fiar al resto de mortales y espirituales entes, y en este caso, permitió a la cofradía admitirlo de muy buena gana entre sus miembros, bien que con la condición de que fuera siempre bien aseado a las reuniones a fin de no levantar la liebre de su existencia clandestina. En cualquier caso, todos estaban seguros de que el mejunje de María del Ensueño obraría de nuevo si se presentaba de nuevo sucio. Dijo el del limonero:

Fantasma del limonero: Dos espíritus enredan más que uno.

Tomás: Nuestro problema, ¡Oh señor del limonero!, es muy grave. Debemos ir a Granada sin movernos de aquí, ya sea con uno o con dos espíritus o con ochocientos.

Pero hemos oído que tú atesoras grandes conocimientos de la física del espacio y el tiempo y tal vez podrías ayudarnos.

Fantasma del limonero: Habréis de estar en Granada ¿de día o de noche?

Zagal: A plena luz del día.

Fantasma del limonero: ¿Exactamente cuándo?

José: Vamos en busca de un espíritu...

Antonio: ...que no tiene calendario.

Zagal: Cuanto antes

Juan: Da igual el día y el año.

Azucena: Señor, deberá ser cuanto antes.

Fantasma del limonero: Entonces es imposible.

Tomás: ¿Cómo dices?

Fantasma del limonero: Digo que si ha de ser mañana o en pocos días es imposible.

Zagal: ¿Es que tu sabes cómo hacerlo?

Fantasma del limonero: Pudiera ser...

Todos: ¡Dinos cómo, vamos pronto!

Fantasma del limonero: Digo que pudiera ser que hubiera una forma, pero tendría que estudiarla tranquilamente, hacer cálculos. Tendréis que dejarme una semana para que os pueda decir exactamente.

Zagal: ¡Vamos, pronto. A trabajar!... ¿En qué se basa tu idea?

Fantasma del limonero: Paciencia, amigos. Voy ahora mismo a empezar mis cálculos. Adiós.

El del limonero desapareció en un instante dejando a la cofradía confusa y sin resuello. Hubo miembros de la misma que empezaron enseguida a especular sobre qué podría ser lo que el buen fantasma del moquero tendría en mente. Otros, simplemente, se dejaron atrapar por la ansiedad y empezaron a mirar sus relojes, contando el tiempo que faltaba para que se cumpliera el plazo marcado por el del limonero. Había empezado una cuenta atrás que habría de conducirlos a ellos al logro de sus anhelos, bien que de forma inesperada, y al transcriptor de esta historia verdadera al final de su trabajo. En cualquier caso, nuestros amigos no dejaron de considerar en los siete días siguientes posibles alternativas por si su amigo del limonero fracasaba en su intento o resultaba ser un chaflemeja.

Así, José se presentó al día siguiente con la sugerencia de verter un somnífero en el depósito del agua. Esto haría pasar su viaje a Granada desapercibido a los ojos de todo un pueblo dormido. Según la opinión de Tomás y Juan, tal atentado, además de constituirse en un peligroso delito, no podría haber funcionado de ninguna manera, toda vez que era creencia generalizada en el pueblo que el Libador, borracho empedernido cuya apetencia a la ingerencia de alcohol sobrepasaba con creces todo lo hasta entonces conocido, jamás probó gota de agua y se alimentaba tan solo de patatas fritas y abrojos fermentados. Nunca conseguirían tumbarlo a través del agua. Como probablemente tampoco podrían con otros varios borrachuzos los cuales fácilmente podrían ser también hidrófobos. Que no era asiduidad a las tabernas y bares lo que faltaba en el pueblo.

Otro día llegó Juan muy contento pensando que había dado con la tecla. Proponía que un famoso mago de aquél entonces hipnotizara a todo el pueblo. Pagarían lo que fuera por ello pero conseguirían de esta forma verse libres durante el tiempo necesario para el viaje. Triunfante respondió Juan a las dificultadas de ubicación expresadas por los demás pues, decía, él, que el dicho mago podía hacer su trabajo sin necesidad de reunir al pueblo. Lo que lo dejó mudo, mustio y decepcionado fue el recuerdo avivado por Antonio del labrador Eloisio el Terrones, que a fuer de ser tonto de remate, jamás pudo ser objeto de tratamiento por un psicólogo o psiquiatra. Por no hablar de la no pequeña posibilidad de que el mago fuera un embaucador más de los tantos que por entonces había.

Ya casi cuando se había cumplido el plazo dado por el del limonero fue Azucena la que presentó su alternativa. En este caso se trataba de simular una llamada del gobierno francés para implantar cultura francesa a tuti plen y sin más estudio previo en el conjunto de los pueblos de la comarca. Ciertos resabios que aún perduraban de la lamentable actuación de los franceses durante la Guerra de la Independencia dio al traste enseguida con la idea. En efecto, Tomás, que era el más patriota de los cinco, empezó a enumerar los desaguisados humanos, artísticos y culturales que los franchutes habían perpetrado y, sobre todo, recordó a la cofradía que Don Cosme era muy conciente de tales desaguisados y muy amante de las peculiaridades folklóricas y culturales de la región. Así, el ya beato párroco nunca permitiría tal excursión de los muchachos y mucho menos en nombre de la muy dudosa ayuda cultural de los gabachos.

En realidad, solo Tomás confiaba ciegamente en el fantasma del limonero. En ningún momento dudó de su capacidad para resolver el problema ni presentó alternativa alguna para ello. Sólo esperaba pacientemente que pasaran los días y llegara el prometido por el ahora impoluto fantasma. No lo tenía tan claro Antonio, sin embargo. Tanto era así que, ya en el ultimísimo momento, se llegó al granado con la propuesta postrera que debatió la cofradía. Fue la más difícil de rebatir pero, al final, recibió el rechazo más unánime de todas. Se trataba de aprovechar para el caso en cuestión el carácter predictivo de la poesía, su maravillosa capacidad de ver en el futuro. No podría haber sido de otra forma ya que, a pesar de sus profundos afectos y encendidos sentimientos mutuos, cada cual arrima siempre el ascua a su sardina.

Decía Antonio que si un poema es bueno y bien compuesto también es necesariamente verídico, de forma que si lograban crear una poesía excelsa que vislumbrara un escenario de futuro inmediato en el que los seis se reunieran con Alarrosa en los

maizales de la vega de Granada en el más estricto secreto, tal acontecimiento llegaría a producirse sin duda y no importaba ni deberían preocuparse de en qué forma ocurriría; sería el destino quien se encargara de ello en una manera muy probablemente inesperada y más allá de los confines de su imaginación.

Ya había escrito Antonio los dos primeros versos del poema cuando se oyó decir al Zagal:

Zagal: ¿Y qué me dices de los versos de Shakespeare, el más grande poeta según los bárbaros, que no dieron nunca pie con bola en sus visiones de naturaleza futurista?

Antonio: Nunca dejaron de acertar los nuestros, sin embargo. Ya sabemos la conmovedora exactitud de Lorca y César Vallejo en sus predicciones. La precisión de sus visiones pone la carne de gallina.

El debate pasó entonces a centrarse en una comparación de calidades entre la poesía anglosajona y la latina, siempre con la duda de donde situar a Goethe y los románticos. Cinco horas duró la discusión en las que, es fama, los participantes en la misma llegaron casi a las manos y el fantasma a amenazar con apariciones demoníacas y conjuros espantosos. No llegaría la sangre al río ni al averno sin embargo, tal era la calidad y firmeza de sus mutuos afectos y amores.

El caso es que ya casi al final del encendido debate, comenzó a afianzarse la idea de que, más que una cuestión de calidades poéticas, era la naturaleza del problema la que debería tomarse en consideración y, dado que su problema era de carácter eminentemente técnico, la cosa habría de quedar en manos de los vates anglosajones. Dicha conclusión, finalmente aceptada por todos, dejaba sin posible efecto la proposición de Antonio ya que los poetas exaltadores de crímenes y sangres de la Pérfida Albión no habían dado una en el clavo en lo que a sus predicciones se refiere.

Todo quedó así en manos del Fantasma del Limonero. Tomás dijo entonces algunas palabras en su apoyo y de ánimo a sus compañeros. Él creía firmemente en su capacidad y talento, a pesar del detalle del moquero y de la tradición monárquica del país.

Fue noche de inquietudes e impacencias aquella de las vísperas de los grandes acontecimientos científicos y espirituales que iban a ocurrir durante los siguientes días. Los cinco muchachos la pasaron pensando en quintas y soñando con las bellezas de Granada. Entretanto, el fantasma del granado ya sólo tenía ensoñaciones de su Alarrosa. El reencuentro, después de tantos siglos, podría llegar a producirse en cuestión de horas. No podía pensar con claridad y la imagen de su amada volvía una y otra vez a él, adueñándose por completo de su espíritu.

Casi volvió a sentir su cuerpo mortal el Zagal aquella noche, estremecido por las lejanas convulsiones eróticas de su juventud. No pudo permanecer en el interior de la casa y voló por encima del río y de las eras. Se dijo después que unos labradores que iban a su labor muy de mañana habían visto su silueta estampada en la luna plena y blanquecina de esa noche. Nunca antes en su centenaria existencia sintió el Zagal más ilusión y desasosiego.

Poco antes del amanecer se acicaló el fantasma. Limpió primero el jirón de seda con extractos de rosa y jazmín. Luego, expuso sus ojos al viento suave de la noche y perfumó su boca con frescor de carámbanos de hielo recogidos de los juncos de las riberas del río. Ya satisfecho con su aspecto, se retiró a descansar el fantasma.

El alba los sorprendió a todos inquietos y rastreando los luceros con las primeras luces. Fue un largo día para todos. Ya estaban a la vera del granado un buen rato antes de la hora de reuniones. Allí esperaron impacientes. Cuando empezaban a creer que ya no vendría, apareció el Fantasma del Limonero. Parecía muy cansado y desconcertado, aunque iba ciertamente limpio y acicalado. Dijo el del limonero:

Fantasma del Limonero: Hace sólo diez minutos que he dado con la solución al problema. Durante la semana he tenido que rellenar mil cuartillas de cálculos y realizar cincuenta pruebas en el aire.

Zagal: ¿Una solución? Dínosla enseguida.

Tomás: ¿Qué os dije? Es un genio.

Antonio, Azucena, José y Juan: ¿Qué tenemos que hacer?

Fantasma del Limonero: La solución sólo será efectiva si el Señor Zagal posee el poder de hacer viajar a través del tiempo.

Zagal: Si poseo. Ahora ellos ya están preparados.

Fantasma del Limonero: ¿Hasta donde hacia el futuro?

Zagal: Puedo alejarme cuanto quiera usando los tiempos redondos de Kip, Stephen y Félix.

Fantasma del Limonero: En cuanto tengamos listos los instrumentos de navegar el tiempo, iréis vos primero hasta el Departamento de Física Cuántica de la Universidad de Granada dentro de cien años.

Zagal: ¿Yo sólo?

Tomás: Debemos ir todos.

Fantasma del Limonero: No en este viaje. El Zagal deberá robar primero una máquina de teleportar seres vivos y traerla aquí.

José: Sólo será posible teleportar materia inanimada: Partículas y moléculas. Esto lo hemos estudiado nosotros. Lo sabemos bien.

Fantasma del Limonero: No tan bien. Mis cálculos han puesto claramente de manifiesto que, utilizando la llamada paradoja del gato que debemos al gran sátiro Schroedinger, cuando pasen no muchos años, será posible teleportar hombres y mujeres también. Mis fórmulas no dejan lugar a la duda. Los grandes físicos granadinos de mediados del siglo

XXI dispondrán de la técnica: un láser de gases espirituales extraídos de los fantasmas. Fantasmas como el Zagal o yo.

Juan: ¿Y qué vamos a transportar y para qué?

Fantasma del Limonero: Bien sabéis que sólo viajando en el tiempo no se resuelve vuestro problema.

Antonio: Al tener que empezar el viaje de noche nunca podríamos llegar a la vega granadina en estado de vigilia diurna. El efrít no nos reconocería.

Azucena: Este es precisamente nuestro gran problema.

Fantasma del Limonero: Y esta es mi idea: Una vez dispongamos del láser para teleportar, procederán de la siguiente forma.

Tomás: Díganos pronto. Diga, diga.

Juan: Pero dígalo despacio.

Zagal: Silencio todos. Dejemos hablar al limonero.

Fantasma del Limonero:
Cuando se hayan apagado los luceros
A las cuatro de la noche de mañana
Estando ya dormido el pueblo,
Embarcaréis la nave agusanada
Y viajaréis los cinco por el tiempo
En dirección a la vega de Granada.

Antonio: ¿Cuándo llegaremos?

Fantasma del Limonero:
Seis horas después de muerta el alba
A un lugar llamado Humilladero.

Zagal:
No hubo lugar tal en mi Granada

Fantasma del Limonero:
Ya perdida la Alambra, lo hubo luego.

Tomás:
Comeremos la fruta reservada
A los que viajan en la noche por el viento.
Que los vientos estiran la mañana
E inertes y desmayados son el tiempo.

Zagal:

Dejad desgranar del árbol la granada
A este gran sultán, capitán del limonero.

Fantasma del Limonero:
Esperad allí llegar teleportada
La vigilia requerida por los genios.
Laborando la red de las arañas
Con láseres de luz y de silencio.

José:
No entendemos el significado de este ripio.

Fantasma del Limonero:
Los misterios de los cofrades de la cuántica
Sólo dejan teleportar los estados de los cuerpos.
Y, al otro día, ya de vuelta en nuestra casa
Enviaremos las vigilias al otro lado del tiempo.

Juan:
¿A que hora cambiaremos nuestras almas?

Fantasma del Limonero:
A la hora en que abra la Alcazaba su gran huerto.

Azucena:
¿Seis horas después que muera el alba?...

Fantasma del Limonero:
Y un minuto. Cuando esté desierto el cementerio.

Zagal: ¿Y entonces?

Fantasma del Limonero:
Humillaréis entonces vuestras almas
Buscando por caminos y senderos
A la gran sultana de la Alambra
Por la vega que admira el mundo entero.
Más mirad no se os pase la mañana
Pues tenéis sólo dos horas para ello.

Zagal:
Yo ya seré para siempre habitante de Granada
De la gran sultana de las rosas eterno compañero.

Cuando aquella noche se llevó a cabo robo tal en el futuro y, después, los cinco muchachos embarcaron sigilosos con el Zagal en la esfera abierta por éste en el aire a la salida del pueblo, dejando el gran láser en poder del Fantasma del Limonero, nadie notó nada extraño en el pueblo. Sólo se despertó con algunas inquietudes la hechicera María del Ensueño. Fue a la habitación de su hijo al que encontró durmiendo plácidamente, ya de vuelta de su viaje por el tiempo.

Les costó poco a los muchachos aprender el manejo de los instrumentos de vear las corrientes contrarias del tiempo y el mal funcionar de los relojes. Llegaron a Granada envueltos en un calor extraño y somnolientos. Los rayos del sol, reflejados en la campana de la Torre de la Vela y en las últimas nieves de la Sierra, deslumbraron por unos instantes sus ojos. Miraron ávidamente sus relojes: Eran las doce en punto de aquél mediodía del sábado veintiséis de Agosto, exactamente un minuto antes de que, allá en su pueblo, junto al árbol del granado, el gran Fantasma del Limonero teleportara hasta ellos con un simple destello del láser robado sus estados de vigilia de aquél día. Al instante, en Granada, sintieron como se les disipaba el sueño y, todos juntos se encaminaron hacia la Vega. No tenían tiempo que perder.

El Zagal apenas podía reconocer algo más que las torres de la Alambra y los picos de Sierra Nevada, aunque fue capaz de vislumbrar ciertas almas errantes de nazaríes que se ocultaban temerosas en los aljibes y el eco perdido de los almuédanos repetido en las torres de las mezquitas transformadas en iglesias.

Nunca pudieron encontrar la vega. Juan, que era el más valiente de los vivos, se atrevió a preguntar por ella a un joven poeta desaliñado y triste que sonreía al agua desde la margen derecha del Genil. Entonces, sin contestar palabra, lloró el poeta. Preguntó después a un niño que salía de una iglesia: “¿La vega? Yo no se qué cosa es la vega.” Y una muchacha muy bella que leía leyendas de la Alambra les dijo, al fin: “Es por donde huían los enamorados y los niños iban a coger frutas de las huertas. Ya nada queda de ella. ¿Veis todo ese amasijo de casas y cocheras, esa luciérnaga equivocada y polvorienta de los que aspiran a América? Allí estuvo. Ya nada queda de ella.” Entonces todos en la ciudad oyeron la voz del Zagal atronar el orbe:

Zagal:

Malditos perros cristianos
Malditos del cielo y tierra
¿Dónde están nuestros palacios,
qué habéis hecho de las huertas,
del frescor de nuestros ríos
de nuestras torres y albercas?
¿Qué luna, perros malditos,
os indujo a esta guerra
que envenenó nuestros ríos
y asesinó nuestra vega?

Algunos quejidos de las viejas estructuras de piedra apenas vislumbrados por las mejores almas de la ciudad se atrevieron a contestar al Zagal y en los cuarteles de la guardia civil y los ejércitos hubo ciertas inquietudes de borracheras pretéritas. Alguien dijo después que algún joven soñó una revuelta. Y poco más. Luego volvió la calma sórdida del sábado.

Desesperado, casi loco, buscó el Zagal a Alarrosa. Cerca de una tétrica urbanización de Ávila Rojas oyeron un tenue gemido de gacela. Por entre los hierros de una alcantarilla vislumbraron entonces a Alarrosa. Ajada y casi invisible por el llanto, hermosísima en el borde mismo de su existencia, apenas se debatía ya la gran hechicera enamorada.

Gritó el Zagal. Y, al verlo, gritó ella. Dulces palabras que devolvieron a Granada su belleza. Se difuminó él, renació, al sentirlo, ella, y en reflejos de arrayanes, se fundieron almas buenas. Los vieron desaparecer y volver después muy cerca. Y cómo resplandecían. Cómo atronó la campana de la Torre de la Vela. Los cinco niños del pueblo se enamoraron al verla. Dijo Alarrosa:

Alarrosa: Nos iremos con vosotros a vivir junto al granado. Granada es ya sólo un sufrimiento para nosotros.

Fue entonces cuando se presentó el efrít de los desiertos. Dijo el efrít:

Efrít: El poder de las almas es reversible. Si os podéis quedar en Granada, también podréis viajar juntos hasta el pueblo donde vivió el Zagal durante siglos. Allí seréis felices. Difícilmente se podrán encontrar dos seres que lo merezcan más.

Dicho ésto, se evaporó el efrít hacia su hogar africano, dejando a los dos espíritus muy contentos, y mucho más a sus cinco amigos vivientes. Esto ocurría cuando las campanas de la catedral daban la hora primera de la tarde. Tenían aún casi una hora antes de embarcarse en la máquina del tiempo rumbo a su pueblo. Ante tal situación dijo Antonio:

Antonio: Tal vez Aynadamar sea un lugar más reconocible para el Zagal y Alarrosa. Al mismo tiempo, yo podré visitar el lugar donde dieron muerte a Federico García Lorca, el genio granadino.

Alarrosa: Yo se exactamente donde está enterrado su cuerpo y conozco perfectamente cómo fue su muerte.

José: Serás la única que lo sepa o, al menos, quien lo declare. Ni siquiera los que fueron probablemente sus asesinos han dicho nunca nada.

Antonio: Vamos en seguida.

Juan: En un taxi habrá de ser si no queremos perdernos la necesaria vuelta hacia nuestra mayor juventud.

Tomás: ¿Y por qué no vamos con la máquina? Podríamos estarnos el tiempo que quisiéramos.

Zagal: En sus condiciones de programación de ahora, podemos usarla para plantarnos en Aynadamar ahora mismo, pero debemos partir hacia la noche pasada a las dos en punto de la tarde, en cualquier caso.

La máquina los trasladó instantáneamente a la Fuente de las Lágrimas. Yendo en dirección a Viznar desde allí, a la izquierda, junto a un olivo, se detuvo Alarrosa.

Alarrosa: Aquí lo enterraron como a un perro, junto a un maestro de escuela y dos toreros.

Antonio: ¿Cómo conociste a Federico?

Alarrosa: Federico era amigo íntimo de todos los seres espirituales de estos pagos: duendes, genios, efrits, fantasmas... Yo no podía ser una excepción. Más viviendo yo por los maizales de la vega, tan cerca de la Huerta donde él solía venir a trabajar. A mí me interrogó sentada en el Diván del Tamarit.

Tomás: ¿Quién lo mató?

Alarrosa: Todos lo mataron.

Juan: ¿Todos?

Alarrosa: Las gentes que habitan ahora esta ciudad no son como nosotros. Son los que robaron y masacraron sin piedad a nuestros hermanos; los gallegos que medraron con nuestra desgracia y han acabado con la vega. Se llaman a sí mismos granadinos, pero no son más que lo peor de los cristianos. En Granada ya no quedan granadinos.

José: ¿No hay un nombre, un apellido al que cargar con la infamia?

Alarrosa: Hubo perros que descargaron sus fusiles, perturbados malditos que lo condenaron, bocas podridas que lo cubrieron de insultos, manos espantosas que lo golpearon, pechos cobardes que lo traicionaron, los que fueron a recoger la cosecha de la tierra que acogió su cuerpo, los que miraron hacia otro lado,... Claro que hay nombres y apellidos. Buscadlos vosotros mismos en las listas de los habitantes de esta ciudad de plomo, ya sin vega. No hagáis ninguna excepción. Estaban ya aquí hace cuatro siglos. Los mismos nombres y los mismos apellidos. Los mismos perros, los mismos perturbados, las mismas bocas podridas, las mismas manos, los mismos pechos cobardes, los mismos agricultores de cementerio, los mismos ciegos voluntarios. Lo mataron los que mataron a nuestros hermanos. Exactamente los mismos. Esta escoria que también acabará con la leyenda de la hermosa ciudad de Granada.

Azucena: ¿Cómo fue su muerte?

Alarrosa: Nos conjuramos todos los espíritus para no revelarlo nunca. Baste decir que todos lo mataron como si fuera un perro.

Llorando se fueron todos en silencio hasta la acequia de Aynadamar. Ya junto a su borde, Antonio dijo:

Antonio:
Aguita de Aynadamar
Testigo de su tormento
Al aumentar tu caudal
Dices lo que yo siento.

Muy tristes se dirigieron los siete a la entrada de la gran esfera que sólo ellos veían. Eran las dos menos cuarto de la tarde. Se produjo entonces un fenómeno que los sorprendió a todos. Notaron una presencia cadenciosa que se ocultaba entre los instrumentos de navegar. Creyeron percibir una tenue iluminación verdosa que se desvaneció enseguida. Todos registraron cada rincón de la máquina. Pero ni siquiera los

fantasmas fueron capaces de dar con la presencia intrusa. A las dos en punto de la tarde, certificadas por un escándalo de campanas, el suave ingenio los trasladó de nuevo a la pasada noche.

Se materializó entonces el polizón junto al granado. Débil muchacha enamorada, casi transparente, que no podía con los latidos de su corazón enfermo. Su pelo rubio y lacio se abrió luego, mostrando la maravilla de su rostro. Era una fiebre de paz, una victoria, un campo inacabable de trigo madurando. Fue la más increíblemente hermosa y triste sonrisa la que saludó a los fantasmas y a todo el orbe de gorriones de aquel campo. Ya casi desvanecida de vital cansancio, formó junto al árbol un nido entre las hojas, esperando a la también de ella enamorada muerte. Su pesado corazón expandido la dejó dormir finalmente, mientras en la casa los dos fantasmas granadinos se amaban de nuevo y para siempre.

Allí la encontró el Fantasma del Limonero con las primeras luces de la mañana. Había venido a comprobar si sus ideas habían funcionado. Se sorprendió el fantasma al ver a la muchacha rubia dormida. La reconoció luego. Besó suavemente sus labios y su sonrisa. Lloró sin consuelo luego. Recordó enseguida la fecha de aquel día y cuidó el sueño de la muchacha moribunda como sólo pueden cuidar los fantasmas los sueños.

Los más bellos tuvo la muchacha hasta que la recogió la muerte exactamente a las dos menos cuarto de la tarde. Se desmaterializó luego y se fue a habitar con su fantasma las frondas del limonero.

La cofradía, ahora ya con cuatro fantasmas, continuó reuniéndose algún tiempo todavía. Luego, las exigencias de la vida fueron dispersando poco a poco a los muchachos, los cuales entraron en el periodo transitorio que siguió a la dictadura, viendo como sólo algunas de las ideas fermentadas a la vera del granado fueron reavivadas por los arrivistas para, instrumentalizándolas, situarse convenientemente en el poder que se les venía encima. Pero todos ellos fueron cuidadosamente evitados en los órganos de decisión y poder económico, a los que nunca quisieron en cualquier caso optar, tal y como les ocurrió a otros muchos españoles generosos y cultos que en verdad restituyeron España a la civilización.

FIN DEL “FANTASMA DEL ZAGAL”

Madrid, 14 de Diciembre de 2006